

LA CULTURA
I LA
EDUCACION JENERAL

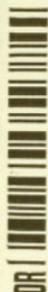
Conferencias leídas en la Uni-
versidad de Chile en Setiembre
===== de 1912 =====

POR

ENRIQUE MOLINA



IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA 130
1912



QR

45483





PRIMERA CONFERENCIA

LAS CRÍTICAS A NUESTRA EDUCACION I LAS TENDENCIAS QUE LAS INFORMAN

I.— Tradicionalismo

SUMARIO

- I. Valor de la educacion.—Plan de este estudio.—Los exámenes i el bachillerato.—Nuevo sistema de certificados.
- II. «Nuestra inferioridad económica».—Las omisiones en que incurre esta obra.—Sus caracteres jenerales.—Individualismo.—Tradicionalismo.—Diferentes clases de tradicionalismo.—La tradicion en la vida social e individual.—Bajo qué condicion es conveniente lo tradicional.

I

Con el mismo criterio con que en otras ocasiones he examinado en esta tribuna algunas doctrinas de pensadores extranjeros, voi a solicitar vuestra atencion ahora para estudiar las ideas de algunos escritores nacionales, i ciertos problemas de educacion

filosofía social que se debaten en la actualidad. Será un criterio positivo e idealista al mismo tiempo, i todo lo amplio que mis fuerzas lo permitan. Llevará como única orientacion i medida el sentimiento del bien social.

Las cuestiones de educacion están ocupando en nuestro pais, de dia en dia, un lugar mas importante en la opinion pública. Tenemos fe en el valor e influencia de las obras educadoras; casi nos inclinamos a ver en ellas la panacea que nos ha de curar de la totalidad de nuestros males, i el hada venturosa que ha de hacer jerminalos tesoros que encierran las entrañas de nuestra tierra i el alma de nuestro pueblo.

I en gran parte tenemos razon.

Si, como dice el poeta, todos los hombres pasan en la vida por una selva oscura de entre cuyas zarzas pueden salir bien gracias a su valor i entereza, me parece que de igual manera atraviesan los pueblos tambien su selva oscura, mas peligrosa, exijiendo mas largo aliento i de mas difícil salida que la de los individuos.

Sin duda venimos recorriendo hace años una de las etapas sombrías de nuestra vida nacional, i todos nos debatimos ansiosos i miramos el horizonte, buscando de dónde vendrán la luz i la fuerza salvadoras; pero la historia enseña que los hechos excepcionales i extraordinarios sólo en mui raras ocasiones han influido de una manera eficaz i definitiva en la suerte de los pueblos, no debiendo olvidar, ademas, que muchas veces esos sucesos extraordinarios sólo revisten

grandes proporciones mirados a la distancia, a través de varios siglos, i que, en realidad, observados de cerca, sólo constituyen una acumulacion de pequeños acontecimientos.

Mas, en fin, los cataclismos, las revoluciones i las crisis sociales existen, i suelen dar benéficos resultados a largo plazo, como ocurre a veces con los cataclismos de la tierra: ahí tenemos el terremoto de 1906 que, despues de una tragedia i de un calvario dolorosos, ha contribuido a hermostear a Valparaiso.

¿Pero iremos a poner nuestras esperanzas en acaecimientos extraordinarios; talvez en grandes desenvolvimientos de los cuales no sabemos de dónde ni cómo puedan venir; quizas en alguna guerra gloriosa i feliz o en una revolucion de dudosos resultados que contribuya a aumentar el descrédito en que injustamente caemos todos los hispano-americanos, juzgados a la distancia como pueblos en igual grado incultos e ingobernables?

Ah! nó; todos esos son remedios insensatos. No queda mas camino que el del trabajo honrado, esforzado, constante i sereno; i el de las oportunas reformas políticas i sociales. Colocados en tal senda, la educacion i la instruccion en todos sus órdenes constituyen, en jeneral, los medios para conseguir que esa labor ideal sea realizada por las facultades morales, intelectuales i físicas de los ciudadanos.

No participamos de las desconfianzas de RIBOT, SPENCER, SCHOPENHAUER i otros filósofos. Tenemos fe en la educacion, entendida de una manera amplia

i profunda, como una disciplina poderosa que penetre en todas las clases sociales, desde las mas altas hasta las mas bajas, i dé a las unas i a las otras el desarrollo que necesitan i el freno que les hace falta; que sea luz i calor para todas las edades, i hasta draga para depurar i arrancar el fango que una falsa vida pueda haber depositado en algunas almas.

En la educacion ha de sentar sus esperanzas un pueblo jóven que aspira a marchar con pasos seguros en su crecimiento; que aspira a ser nacion fuerte, próspera i culta.

Entre nuestros luchadores por la instruccion nacional se destaca, por su eficaz i fecunda labor, una noble columna avanzada (1); pero algunos de los mejores batidores de ese cuerpo se han estraviado en la selva oscura de que hablábamos ántes, i enredados i desorientados en el enmarañado bosque de nuestras dificultades, negligencias i atrasos, han perdido la conveniente ponderacion de espíritu para apreciar i comprender todas las necesidades de un pueblo civilizado, i se han puesto a clamar injustamente contra los defectos de nuestra instruccion jeneral. Han procedido injustamente, porque han visto el mal donde no existe i, por lo mismo, para el mal que nos aqueja no han señalado de una manera adecuada i completa el remedio que debiera aplicarse.

(1) La Asociacion de Educacion Nacional.

* *

El camino que vamos a seguir es el de examinar primero las críticas que se formulan en contra de los liceos, examinando, al mismo tiempo, los conceptos de filosofía social en que ellas se fundan. Como estas críticas han hallado su espresion mas acabada i ardiente en la obra «Nuestra inferioridad económica» del señor Francisco Encina, examinaremos dicho libro en esta parte de nuestro estudio. Espondremos despues las ideas jenerales que indican la naturaleza propia de la educacion en su grado medio.

Las críticas las podemos clasificar en tres grupos:

1.º Las que se refieren a algunos detalles de funcionamiento i respecto de las cuales no será difícil establecer un acuerdo. Al decir detalles de funcionamiento, no quiero espresar que esos detalles sean sin valor para la educacion de los jóvenes.

2.º Las críticas fundamentales encaminadas a señalar nuevos fines a los liceos, fines mas prácticos i utilitarios.

3.º Las críticas que afirman que en los liceos no se educa i que precisan este defecto, sosteniendo que nuestros jóvenes salen de las aulas de los establecimientos secundarios con un gran vacío moral, sin voluntad i sin carácter.

* *

Examinemos brevemente las del primer grupo. Estas las podemos condensar en las quejas contra

los exámenes i el bachillerato. Aun existen motivos, segun parece, para que se levanten voces indignadas para censurar un réjimen que permite los funestos *calentamientos* de ramos. Hace tanto tiempo que se vienen exhibiendo claramente los vicios de que el tal sistema de exámenes adolece i que los profesores han manifestado una opinion acordada sobre ellos que habia pensado hasta hace poco que, sino por disposicion de los reglamentos, por lo ménos en virtud de una accion espontánea de los profesores, los exámenes habian desaparecido en gran parte de hecho, para dar lugar a una promocion que se conferia tomando en cuenta el comportamiento del año del alumno. Esto es lo que he visto practicar en muchos liceos que me ha tocado observar de cerca.

Pero sin duda el movimiento espontáneo del profesorado no ha sido bastante a estirpar el mal, cuando aun aparecen folletos enderezados a llamar la atencion sobre él. I si es así, es digno de aplauso cuanto tienda a destruir procedimientos que se encuentran mui léjos de favorecer la instruccion i mas aun de ejercer una influencia educativa. Los exámenes de promocion anual se hallan completamente abolidos en Alemania i Francia. Los alumnos ascienden de un curso a otro, sin el acto de la prueba emocionante rendida ante una comision que reviste carácter extraordinario, sino sólo por el voto de sus profesores, dado en vista de las notas del año.

Los exámenes deben conservar valor, no como

prueba para los estudiantes, sino como prueba para aquilatar los méritos i capacidades de los profesores i colejos, cuando éstos no dependen directamente del Estado.

—¿I qué decir del bachillerato de humanidades? Que es una especie de imájen aumentada de todo lo malo de los exámenes, valla inútil colocada en la carrera de los jóvenes para que caigan los tímidos i salten los atrevidos, i para efectuar una seleccion caprichosa de los futuros profesionales. Para los alumnos de los liceos del Estado debería bastar el *certificado de madures*, otorgado por sus profesores; certificado que, tendiendo a acentuar i favorecer el desarrollo de la individualidad del estudiante, podria no tener el carácter de *universal* sino en casos excepcionales. Segun las inclinaciones personales i mejores estudios del jóven, se le concederia un certificado en ciencias naturales, físicas i químicas, o en matemáticas o en historia, filosofía e idiomas, o en ramos técnicos. Segun ellos, adquiriria el derecho de ingresar o a la escuela de medicina i farmacia, o a la de ingeniería, o a la de derecho, o a la de bellas artes o a los cursos correspondientes del Instituto Pedagógico. Se exigiria en todo caso un minimum de preparacion jeneral en todo los ramos, bajo el cual no seria posible obtener ningun certificado. Este sistema, que no sé que se halle implantado en ninguna parte, llevaria en sí la ventaja, ademas de corresponder a la individualidad del alumno, de librarlo considerable-

mente del tan censurado recargo escolar (suponiendo que exista) i de lo que se ha llamado el *universalismo* o *enciclopedismo* de la enseñanza.

En los casos en que los jóvenes fueran capaces de estudiar con igual intensidad i provecho todas las asignaturas, se les otorgaría un certificado de madurez jeneral, que equivaldría a nuestro actual título de bachiller en humanidades.

El sistema que propongo no estaría reñido con el establecimiento de un curso superior de humanidades, por el cual debieran pasar algunos futuros profesionales ántes de ingresar a las escuelas de cursos superiores especiales. Tampoco lo estaría con que se exigiera un exámen de admision a la entrada de estas escuelas.

Con lo dicho, ponemos punto final al rápido exámen de estas críticas que hemos denominado de detalles, i entramos a la crítica que ha ido al fondo de la organizacion i fines de la enseñanza secundaria.

II

Como ya lo he espuesto anteriormente, nos toca examinar aquí la obra «Nuestra inferioridad económica». Al pensar en la halagadora acojida que ella ha encontrado en mucha jente, me ha hecho recordar los tiempos antimesiánicos. Las calamidades que habian azotado al desventurado Israel, las ardientes predicciones de los profetas i las miserias de la vida pre-

sente, mantenian las almas en un estado de ansiedad febril, esperando la llegada del salvador del pueblo elejido.

Entre nosotros, hace ya tanto tiempo que han dejado de resonar aquellas dulces palabras, que eran como una grata atmósfera de incienso en que se deslizaron nuestros primeros años. Entónces oíamos siempre repetir que formábamos el pueblo mas bien gobernado, mas rico, mas fuerte, mas prestijiado de la América. ¡Cuán distinto es el lenguaje que venimos escuchando desde hace un cuarto de siglo; qué cuadros tan sombríos, i a veces tan exajerados, se nos presentan del estado de nuestra patria! En tal situacion, muchos en vez de buscar el remedio en sí mismos, de ahondar en sus almas i de esperar tranquilos, con estoicismo, con estoicismo activo, han puesto su espíritu en tension, buscando al profeta, en espectacion del mesías.

En semejante momento histórico i psíquico, como condensacion i punto culminante de un movimiento que viene manifestándose desde cerca de veinte años, i como la espresion sintética de una escuela de precursores, ha aparecido el profeta que es el autor de «Nuestra inferioridad económica», obra cuajada de datos estadísticos i de condicion etnográfica i sociológica, en que en páginas elocuentes queda unjido nuestro mesías: la industria.

El tono convencido «i bien inspirado» del libro, ha arrastrado a muchos desorientados que tienen alma de creyente i necesitan creer. Gran suma de

problemas sociales son tocados en sus páginas i resueltos con seguridad absoluta: jamas el vapor de la duda viene a esfumar la claridad de sus juicios i de sus predicciones. De éstas brota,—como un elíxir de vida que se apodera de la mente del lector,—la confianza de que, siguiendo sus consejos, haremos de nuestra patria unos nuevos Estados Unidos de Norte-América, una nueva Alemania, una aun mas nueva Inglaterra. I, como es natural, la embriaguez de estas hermosas perspectivas, no ha dejado ver que talvez, realizando el programa de «Nuestra inferioridad», no sólo no llegaríamos a ser como las naciones nombradas, sino que perderíamos algo de lo que ya tenemos.

La industria es, en el libro del señor Encina, segun ya lo he dicho, un mesías, i como tal repite ligeramente modificadas las palabras de Jesus, i esclama sin cesar: «Dejad venir a mí los jóvenes». Pero es tal la insistencia, tal la intransijencia del nuevo mesías, o mas bien de su profeta, que mas que un Jesus parece un Moloc, que, para salvar a la nacion en estas horas de decadencia, amenazara con consumir en su vientre de fuego las mas bellas i nobles fuerzas de nuestra adolescencia.

La tendencia industrial es justa, es necesaria, es salvadora; pero a condicion de que no se convierta en un ídolo fenicio que lance el rayo destructor contra todo lo humano; toda la cultura que ennoblece i embellece la vida, i que, en parte, tenemos incorporada en nuestro organismo social.

La obra del señor Encina constituye una crítica severa, i a veces injusta, de nuestro sistema de educacion jeneral i de sus resultados. Pero es aun algo mas que esto: por sus investigaciones i análisis de índole jeneral, reviste el carácter de un ensayo de psicología social chilena.

Desde este punto de vista, es menester examinar primeramente sus tendencias jenerales i algunas omisiones en que incurre, que pueden arrojar mucha luz sobre el valor de las censuras hechas a la educacion, i sobre los rumbos sociales que marca la obra toda.

El señor Encina estudia las causas de nuestra inferioridad económica, de nuestra falta de industrias, de la decadencia del comercio nacional, etc.; i en el recuento de estos antecedentes, figuran como cosas baladíes el cambio bajo, el valor incierto de la moneda i el alto interes del dinero.

No consagra una sola línea a la accion de la Iglesia entre nosotros. Este silencio es inesplicable si se considera la influencia social i política que la Iglesia ejerce en Chile, superior a la que ejercita en todos los paises cultos de la tierra, como ser Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos; aun a lo que se ve en la misma Italia, superior a la que es posible en naciones hispano-americanas, como la Argentina i el Uruguai. Ese silencio no revela una observacion amplia i completa de nuestros fenómenos sociales, si se piensa que la Iglesia ha tenido en su mano, casi lescusivamente por cerca de cuatro siglos, la formacion del alma del pueblo, i que si no ha creado, ha con-

tribuido, por lo ménos, a mantener algunos de los rasgos mas sobresalientes de su carácter. La resignacion popular, i no sólo popular sino tambien de muchísima jente perteneciente a las clases altas, resignacion que suele tocar en las fronteras del fatalismo, constituye una situacion de ánimo que ha sido alimentada por las enseñanzas relijiosas, segun las cuales cuanto ocurre en la tierra i entre los hombres sucede sólo por la intervencion de la divinidad. No me toca examinar aquí la verdad o el error, la conveniencia o inconveniencia de esta doctrina; pero se me ocurre que es un antecedente que no debe descuidar un investigador de nuestra psicología social, que busca las causas de nuestras flaquezas de voluntad, de nuestra inconstancia, de nuestra pereza a veces, ya que la resignacion i el fatalismo infunden sentimientos que no son los mas adecuados para despertar i espolear la actividad.

A nuestro autor, que lamenta la decadencia comercial del pais, no le arranca ningun grito de pesar ver a nuestro Estado,—a la entidad que es el órgano de la conciencia social i la espresion i la voluntad de los intereses armónicos de la nacion,—con ménos autoridad que en ningun pais de la tierra, desgarrado por un parlamentarismo funesto, producto en gran parte a su vez de un feudalismo anacrónico i anárquico. ¿O no debe ocupar ningun lugar en un estudio de psicología social el exámen de este estado de disolucion de las fuerzas directrices de la colectividad? ¿O es favorable al desenvolvimiento social el

imperio de ese feudalismo individualista i anárquico de que hablamos?

Este era otro punto que tambien merecia no haberlo dejado cubierto con el velo del silencio.

Sólo una vez he encontrado que nuestro autor se indigna con los hombres públicos de esta tierra. Me apresuro a declarar que no seré yo quien le tome a mal que no se indigne mas a menudo por tal motivo, nó; pero el caso es digno de una pequeña digresion, ya que hablamos de la direccion de los asuntos públicos. Revela el exclusivismo i, si se me permite la palabra, *unilateralismo*, por no decir parcialidad de nuestro autor. A propósito de una cuestion de unas suelas de Valdivia, dice: «Se ha venido ultimamente a evidenciar una vez mas la indiferencia de los poderes públicos i de la opinion por todo lo que atañe a nuestro desarrollo económico». (Páj. 15). He aquí una afirmacion estupenda, lanzada de frente, sin fundamento alguno i que, en el primer momento, desconcierta. Me la esplico sólo por la pasion de las cuestiones económicas que embarga el alma de nuestro escritor. Porque exactitud i justicia no hai que buscar en ella: es injusta para la opinion i los poderes públicos. Desde hace un cuarto de siglo los problemas que absorben la atencion pública son los económicos, retirados transitoriamente de la tabla de la mas viva actualidad sólo por una que otra preocupacion internacional. En este lapso de tiempo, los partidos de gobierno han alzado, a guisa de estandarte de la nueva éra, la tregua doctrinaria para con-

sagrarse por completo a las reformas administrativas i económicas que el país reclama. Los hombres de la jeneracion actual hemos crecido oyendo repetir sin cesar que lo importante son las cosas prácticas, las industrias, lo que produce dinero; hemos presenciado, en virtud de esta misma favorable disposicion de la atmósfera social, el triunfo de los hombres prácticos, miéntras los que se dedican a las ciencias, a las letras, a las artes, forman un reducido reino aparte, el reino de los raros, que no sirven, segun la opinion dominante, para dirigir las cosas de este mundo, ni saben esprimir de ellas los deleites que ofrecen. ¡I todavía se nos dice que el espíritu público es indiferente ante lo que atañe a nuestro desarrollo económico!

El cargo es igualmente antojadizo respecto de nuestros hombres públicos. Si no se han preocupado i preocupan de cuestiones económicas, ¿qué es lo que absorbe la atencion de su mente entónces? Si dejamos a un lado el ajetreo político i los asuntos jurídicos, que son profesionales, encontramos como temas dominantes de los afanes de nuestros dirijentes, sólo los problemas económicos, aquí i allá una alarma internacional i, de tarde en tarde, algun tópico social. El progreso i evolucion de las letras, de las ciencias, de la filosofía i de la sociolojía, lo contemplan a la distancia, como el de astros de otro sistema celeste, cuyos movimientos en nada han de alterar la suerte de los habitantes de este planeta. Entre ellos no existe un marques de Salisbury, que

consagre sus ocios a la química, ni ménos un Balfour que se distraiga en elucubraciones filosóficas i metafísicas, ni tampoco helenistas como Gladstone o Cambon que busquen el descanso de los afanes parlamentarios en la lectura, en el orijinal de Homero. Nó; ellos son prácticos, mui prácticos, i talvez tienen razon. Saben que las corrientes que soplan en nuestra atmósfera político-social son adversas a todo estudio especulativo, i temen que a un político helenista o químico ó metafísico se le aparte mui discretamente de la direccion de los negocios públicos, i se le envíe a encerrarse en un laboratorio o gabinete a cultivar la espiritual amistad de Santo Tomas, Platon i Aristóteles.

Yo, a mi vez, no formulo ningun cargo. He repetido hechos conocidos, a fin de que no se nos estravíe, haciéndonos creer que formamos un pueblo de románticos i soñadores, que no somos. Es menester que no se nos toque como una novedad, para atraernos al buen camino, el esquilon de las preocupaciones económicas, cuando en realidad su ruido destemplado i seco ha apagado todos los demas acordes de nuestra alma social i viene resonando casi exclusivamente en nuestros oidos desde hace un cuarto de siglo. ¿Ha habido en esto una necesidad i una conveniencia? Seguramente; pero no olvidémos la verdad de lo ocurrido.

Nuestro autor,—que se desliza mudo entre el papel moneda de valor incierto, el cambio bajo i el interes alto, entre la actuacion de la Iglesia i la desor-

ganizacion del Estado,—reserva todas sus iras para nuestra educacion pública, o mas bien para nuestra educacion secundaria. Como en esta parte estamos anotando sólo omisiones, nos toca llamar la atencion sobre dos rasgos característicos de la obra que analizamos.

1.º En sus numerosas críticas a nuestra instruccion secundaria, habla siempre de los liceos i jamas de los colejos congregacionistas. No se presentan mas que tres posibilidades de esplicarse este silencio: o no les atribuye influencia social a los colejos congregacionistas o los considera buenos, o si los tiene por malos no se atrevió a decirlo. La primera posibilidad hai que eliminarla desde luego, porque no puede aceptarla, no digo un observador ilustrado, ninguna persona capaz de una observacion comun, i que vea lo que ocurre al respecto en Chile i sobre todo en Santiago.

Nos apresuramos tambien a rechazar la tercera. No podemos aceptar que incurriera en una falta de valor moral quien gasta tan elocuentes pájinas en censurar ese mismo defecto a los demas.

Despues de practicar estas eliminaciones no nos resta mas que quedarnos con la segunda hipótesis i lamentar que considerándolos buenos el autor haya pasado en silencio esos colejos i no haya señalado en público cuanto encuentra en ellos de acuerdo con los rumbos que él defiende i que lo tenga por digno de ser imitado.

2.º Todos nuestros males, nuestra decadencia co-

mercial e industrial, arrancan de la inadecuada educacion que se da en los establecimientos de instruccion secundaria. Este *leitmotif* se repite cincuenta veces en pájinas en que jeneralmente palpita la mas ardiente indignacion. Mas adelante examinaremos este aserto, aduciendo las citas correspondientes. Pero ahora nos toca insistir en el hecho de que este investigador de problemas sociales, íntegramente considerados, que estudia el pasado, el presente i el porvenir de nuestra raza, fulmina rayos contra la educacion que reciben ocho a diez mil jóvenes (que no es mayor la asistencia total de los liceos) en una poblacion de tres millones i medio de almas, i su frente de pensador no se abate por un instante a considerar con dolor lo que significa para el estado actual i los destinos de esa colectividad, que mas de dos millones de sus hijos, es decir, los dos tercios, no reciban ninguna educacion i yazgan en la mas indigna ignorancia. No se detiene a reflexionar sobre qué pérdida de fuerzas sociales significa ese estado de analfabetismo que nos coloca entre los últimos de los pueblos cultos de la tierra. ¿O es indiferente este hecho para la vida i evolucion de una sociedad moderna, i debemos creer que Alemania, Francia, Estados Unidos, Inglaterra, el Japon i la Argentina consagran su mas constante atencion i sus tesoros a la instruccion del pueblo sólo por dilettantismo social, por filantropía? Ah nó! es que la existencia de una masa social culta constituye el cimiento indispensable de toda democracia. Al leer al señor En-

cina, queda la impresion de que en esta materia no tuviéramos nada que desear i de que, despues de cien años de existencia como pueblo libre, no fueran una vergüenza nacional esos dos millones i medio o mas de incultos, bajo fondo que, inconscientemente, prepara las desorganizaciones de arriba, bloque ciego contra el cual se estrellan por ahora las mejores intenciones i los mas nobles anhelos, i plataforma sobre que se levantan todos los males públicos que nos aquejan, gracias a la falta de una opinion clara i enérgica que sepa exigir responsabilidades i marcar orientaciones a los que pretenden representarla.

He practicado hasta este momento, para caracterizar la obra que examinamos, una especie de método negativo: he dicho lo que no hai en ella. Ahora vamos a aplicar el método positivo i pasaremos a esponer sus caracteres jenerales.

*
* *

Como creo haberlo indicado ya, el libro del señor Encina constituye no sólo un manifiesto en pro de nuestro desarrollo industrial i comercial, no sólo una crítica de nuestro sistema de educacion, sino que ademas es digna de alcanzar la envergadura de una psicología i filosofía sociales. Son pájinas de psicología social aquellas en que traza con vivos colores cuál es la accion de lo que él llama la penetracion europea entre nosotros, i las otras en que exhibe a los mas de los viajeros chilenos e hispano-americanos, en je-

neral, recojiendo en las grandes capitales del Viejo Mundo occidental unicamente lecciones de vanidad, de ostentacion i de confort, sin llegar jamas al meollo evanjélico de perseverancia i de trabajo que hai en el fondo de las disciplinadas sociedades europeas.

Fuera de esto, las doctrinas jenerales que sustenta nuestro autor tienen la índole de una filosofía, es decir, forman un conjunto de conceptos universales sobre la vida social. Sus caracteres son individualismo, tradicionalismo o tradicionismo, nacionalismo i anti-intelectualismo.

Aunque nuestro autor repudia i condena los dogmas de la escuela económica clásica, conserva de ella intacto su mismo individualismo radical i sin atenuaciones, como no subsiste hoi dia ni en la nacion que ha formado el hogar mas poderoso i brillante de esas doctrinas, la Inglaterra, que está siendo en nuestra época teatro de los mas atrevidos ensayos que pueda efectuar una democracia social avanzada.

El tradicionismo del señor Encina es marcadísimo i tambien sin atenuaciones. Por esta razon no cabe pasarlo por alto, porque en los tiempos que alcanzamos urje mas que nunca fijar las únicas que pueden ser ideas sanas en achaques de tradicion, si no queremos presenciar entre nosotros hechos dignos de los siglos XVI i XVII.

Sus aficiones tradicionistas las afirma en distintos párrafos. He aquí algunos: «La base, la piedra angular de la moral de toda sociedad la constituyen las

ideas i sentimientos tradicionales» (Páj. 253). «No pasó por la mente de Lastarria, de Amunátegui, de Barros Arana ni por la de ninguno de los escritores i educacionistas de las dos jeneraciones precedentes, el temor de que la penetracion íntima de nuestra alma por *civilizaciones* estrañas pudiera ser causa de graves perturbaciones morales. Creian, con la filosofía de su época, que el andamiaje de la sociedad tradicional podia ser reemplazado impunemente por remedos de las sociedades europeas» (Páj. 250). «El deseo de destruir las bases de pensamiento i de sentimiento de nuestra sociedad, o sea de *suicidarse*, como diria un sociólogo de hoi, aunque sólo se jeneralizó mas tarde, aparece ya con fuerza en algunos escritores hácia 1840» (En la nota de la página 251).

Hemos apuntado estas citas para fundar nuestra afirmacion. Mas adelante analizaremos algunos de sus detalles.

Séanos permitido primeramente hacer una pequeña digresion sobre la tradicion misma en jeneral.

Dejaremos a un lado, porque no nos interesa en estos momentos, la tradicion entendida como fuente de informacion histórica. Fuera de esto, la tradicion constituye un conjunto de ideas, creencias i usos sociales, morales, relijiosos, intelectuales i artísticos, que se comunican, de jeneracion en jeneracion, por imitacion. Desde un punto de vista intelectual, lo característico de la tradicion es que las nociones que trasmite no revistan las condiciones de verdades demostradas o demostrables. Que la tierra jira al re-

dedor del sol i que el agua se compone de oxígeno e hidrógeno, no son tradiciones; son proposiciones experimentales, son verdades que se demuestran.

En el orden social, moral, jurídico i relijioso, las tradiciones constituyen creencias i costumbres arraigadas por larga imitacion o por larga práctica en el alma de los pueblos, que las siguen i repiten sin necesidad de que su observancia sea ordenada por leyes escritas. Es claro que la lei no hace muchas veces otra cosa que revestir con el manto de su sancion un orden de cosas impuesto ya por cierta tradicion; pero despues de tal emergencia se debe hablar mas bien de principios de derecho. Así es un principio de derecho que los hijos hereden a los padres; i constituyen tradiciones la práctica de nuestras festividades patrias de Setiembre, i que los alemanes celebren la pascua íntimamente en su hogar.

La tradicion tiende a persistir sin transformarse, i hai casos en que esta persistencia es respetable, hermosa i ennoblece la vida. El culto de los grandes hombres i la conmemoracion de los grandes hechos, despues de incorporados ámbos definitivamente en la historia, forman saludables tradiciones. Esta bondad i valor de semejantes tradiciones, se enaltecen cuando se hallan cubiertas por el velo embellecedor del arte i se encuentran perpetuadas en monumentos de distintas clases: objetos personales, casas, tumbas, templos, palacios, columnas o estatuas. En estos casos, la belleza i la pátina del tiempo comunican a la madera, a la tela, a la piedra, al bronce i al

mármol un carácter venerable, i se admira a los pueblos que con cariño i fervor casi religioso se esfuerzan por conservarlos en su estado primitivo. ¡Cómo encadena el espíritu la contemplacion de las ruinas, templos i castillos de Roma, de los palacios de Florencia i Venecia, de las murallas i del burgo de Nüremberg! Causa una impresion estraña de ensueño, de dulce calma, de conmiseracion sonriente i de admiracion, pisar las mismas losas por donde César i Escipion marcharon en sus procesiones triunfales; la misma arena del anfiteatro donde centenares de mártires rindieron su vida por su fe; i pasar por las enormes puertas de la ciudad alemana medioeval, entre muros de piedra renegrida por los siglos, donde uno evoca la imájen de caballeros heroicos i semi-bárbaros i de jentiles damas hermoseedas por la leyenda.

Esa misma impresion de belleza tradicional podemos experimentarla en nuestro pais ante alguno de nuestros templos que se les ha sabido conservar en su forma orijinal, ante los torreones de Valdivia i los fuertes de Corral, donde la tradicion a la belleza une la memoria heroica de los guerreros chilenos capitaneados por Cochrane.

El sagrado recojimiento que embarga el alma al contemplar las piedras venerables u otras materias de los viejos monumentos, hace sentir que es un gran bien i una muestra de cultura el conservarlos intactos.

La tradicion hecha piedra o hecha mármol, por

decirlo así, purificada i elevada a objeto de arte, vive al lado nuestro, respetada i querida, como poético efluvio del pasado que nos hermosea el presente sin mezclarse en él.

Pero otro es el caso de las tradiciones que envuelven conceptos del mundo i de la vida, i que señalan normas de conducta. Hai entre ellas algunas que son dignas de acato indiscutible, otras que son discutibles aun acatándolas, i otras que constituyen un estorbo para el desarrollo social, i como tales se denominan mas bien preocupaciones. La inmutabilidad venerable que encontramos en las piedras i en los mármoles, no es lo propio del alma humana. Sin movimiento i cambio no hai conciencia i, por consiguiente, no hai vida espiritual. Es verdad que el hombre es arrastrado por la inclinacion a seguir las huellas que en los senderos de la existencia han marcado los que han venido ántes que él; pero tambien es cierto que suele abandonarlas para seguir otras mejores que su vista alcanza a descubrir. En esta red de corrientes que resulta de las canalizaciones de la tradicion i de los nuevos surcos que abre el espíritu, cuando siente que el canal tradicional se ha tornado demasiado estrecho, se encierra toda la historia de la intelijencia. I las cosas no han podido ocurrir de otra manera, sobre todo en el órden especulativo. La razon humana no ha venido al mundo hecha de una pieza, definitiva, armada de una luz irresistible para disipar tinieblas i descubrir verdades desde su primera mirada. Ah nó! su vigor i la estension de sus

facultades los ha conquistado en ruda lucha con el error. El hombre ha empezado siempre por idear concepciones falsas i a veces disparatadas sobre el mundo i la vida. Las mitolojías i cosmogonías de todos los pueblos primitivos están llenas de tales formas de pensamiento. Disparatadas i todo, estas formas han constituido los guías sociales del alma humana durante largos períodos, i ¡ai! del que se apartara entónces de la pauta tradicional, porque era seguro que pagaba con la vida su audacia.

Sin embargo, el exámen de nuevos hechos o de hechos antiguos contemplados en su verdadero aspecto i el nacimiento de algun espíritu que se aparta de lo comun, hacen nacer ideas nuevas que parcialmente contradicen i reforman la tradicion. Ideas nuevas que se presentan de frente a atacar todo el edificio tradicional, son insensateces destinadas a fracasar, no porque puedan no ser razonables, sino porque constituye una imposibilidad improvisar por completo la vida moral i social.

La aparicion de ideas nuevas es la manifestacion de la vida misma del espíritu humano, es la espresion de su dignidad i de su fuerza creadora.

La propia tradicion ha sido en un tiempo lejano idea nueva, i en su edad adulta o en sus años seniles se ha olvidado de que al nacer se presentó en el estadio social como luchadora, como invencion que vino a destruir i eliminar imitaciones anteriores. No quiere decir esto que las ideas nuevas siempre triunfen. Librenos nuestro destino de semejante snobismo

i de representar, respecto de las ideas nuevas o pseudo nuevas, el papel de los hombres que están en el movimiento, como dice Faguet, o el de una lucecita puesta en una bocacalle, que cambia de direccion segun el viento que sopla a cada instante.

Pero si las ideas nuevas no poseen ninguna virtud en sí mismas, que las haga aceptables sin detenido exámen, tampoco la tradicion puede pretender convertirse en un ídolo que aspire a sustraerse a la prueba que la reflexion ilustrada de los tiempos posteriores tiene derecho a ejercer sobre ella. Ante un concepto nuevo o una norma nueva, los principios tradicionales no deben guarecerse sólo tras lo sagrado de la tradicion, sino que deben probar el concepto tradicional que es mas exacto i la norma tradicional que es mas buena o mas conveniente que las novedades con que se quiere reemplazarlos. Defenderse sólo con la costumbre, es confesarse vencido en el terreno del entendimiento, ya que en este campo la costumbre constituye la razon de los que no tienen otra razon.

Permitidme ilustrar estas consideraciones jenerales con algunos ejemplos tomados de un campo que para un gran número se presenta con los caracteres de la inmutabilidad; del campo de la moral. Para comprender que en la moral ha habido evolucion, es decir, existencia i estension de condiciones como en los otros órdenes de actividad social, no basta con mirar a nuestro alrededor, aunque tambien algo se alcanza a ver en este pequeño espacio. Pero es mejor dar algunos saltos por el curso de la historia. Un

australiano ha considerado bueno i justo comerse a un miembro de un clan vecino; robar a los extranjeros, matar a sus padres i tratar a sus mujeres cual bestias de carga; los turcomanos aspiraban a ser bandidos famosos porque este era un oficio que despertaba gran admiracion entre los suyos. No le parecia inmoral a los fenicios que sus doncellas se prostituyesen en sus templos para ofrecer a sus dioses las primicias i las utilidades de su virjinidad sacrificada. La estrañeza e indignacion que estas prácticas nos causan, prueban cuánto nos hemos elevado en el perfeccionamiento moral i que se ha operado una evolucion en el tiempo intermedio. Jesus mismo fué un innovador en contra de tradiciones imperantes: al concepto del dios de Israel, Jehová, de carácter estrecho, nacional, colérico i apasionado, sustituyó el concepto de Dios que se cierne bondadoso en el cielo como padre igual para todos los hombres i dilató, lo que significó otra innovacion, las palpitaciones del corazon humano, predicando que se amara no sólo al cofrade, al amigo o al compatriota, sino aun al enemigo, al hombre por ser hombre, prójimo i hermano.

A pesar de todo, dícese jeneralmente que las reglas morales han nacido con el hombre tales como hoi las tenemos i son eternas. En realidad, los principios jenerales i abstractos han sido formulados en épocas remotas, lo que de ninguna manera quiere decir que sean tan antiguos como nuestra especie. Pero no obstante la antigüedad de los principios, la evolucion ha debido mostrarse siempre activa para

modificar i mejorar las deducciones i aplicaciones concretas de ellos. Mencio, el filósofo chino del siglo IV (A. J. C.) decia: «Obrar para con los demas como quisiéramos que ellos obrasen con nosotros, es la doctrina de la *humanidad*». La regla de la vida es la *reciprocidad*. I vosotros sabeis que hasta hoi dia la moralidad práctica i positiva está mui léjos de dejarse guiar por las reglas de la humanidad i reciprocidad. Aristóteles se inspira al hablar de la justicia. «¿Qué mas bello que la justicia?, dice, ni el astro de la tarde, ni la estrella de la mañana sujieren tanto respeto. En cierto sentido, la justicia es la reunion de todas las virtudes; es la virtud en su relacion con los demas, i se podria definir como el bien de otro». I el sabio de Estajira, el inspirado cantor de la justicia, se hacia servir por esclavos i veia en la esclavitud una institucion natural, necesaria al órden i al equilibrio social, i que nada encerraba de contrario a los principios éticos que formaban la materia de sus especulaciones. El «Ama a tu prójimo como a tí mismo» no llevó tampoco a los labios de los primeros cristianos palabras de fuego para condenar la esclavitud. Ni mucho ménos. En los primeros tiempos, los mártires mismos, los obispos, los abades, los monjes, los monasterios i las iglesias tuvieron esclavos: la igualdad espiritual en Cristo no impedia la desigualdad social en este mundo (1).

(1) WERTERMARK.—The origin and development of the moral ideas.

I en este siglo he oido en una ocasion solemne a un hombre público de gran reputacion decir, a propósito de las cuestiones sociales, que en la sociedad hai *amos*, i que cuando el *amo* manda se debe obedecer. La palabra amo no fué tomada al azar segun me parece; sin que uno quiera evoca la que le hace pareja, la idea de *siervo*. I este hombre público, que debe ser de los que creen en la eternidad e inmutabilidad de las reglas morales, no percibia que sus palabras envolvian un conjunto de reglas anacrónicas i contrarias al evangelio. Esas palabras constituyen un síntoma de lo que aun se suele pensar en Chile sobre las relaciones de las clases, que no son consideradas todavía en su verdadero aspecto de concreciones de la division del trabajo social. Agregan, en consecuencia, una nueva prueba de que la evolucion existe i es necesaria en el terreno de las aplicaciones particulares de los axiomas morales.

Así las anteriores consideraciones nos permiten contemplar en un pequeño cuadro cuál es el proceso completo de la vida social desde el punto de vista que lo observamos. Las solidificaciones de conceptos, creencias i normas antiguas, que llamamos tradiciones, van siendo disueltas por la accion del pensamiento innovador que reemplaza i elimina las formas caducas, sean estas ideas o reglas de conducta, por nociones i normas mas adecuadas a las nuevas

necesidades del organismo social. A veces la eliminacion no es completa: la misma savia reforma los órganos i funciones de la colectividad i al mismo tiempo deja intacta la cáscara tradicional que con su corteza respetable i vetusta cubre, i a veces ampara, el florecimiento de la última primavera espiritual. Así en los últimos siglos del Imperio Romano, sobre la jeneral incredulidad i disolucion, continuábanse repitiendo las ceremonias seculares del culto pagano.

Presentar, pues, la tradicion como norma social absoluta, sin atenuaciones, sin distingos ni escepciones, es sostener una doctrina histórica i socialmente inexacta.

La inconveniencia de semejante imperativo resalta aun mas si se le considera en el terreno individual. Que la mayoría de los hombres que no reflexionan sobre cosas especulativas i cualquier hombre mientras no reflexiona, obedezcan a una norma tradicional, está mui bien. La masa humana llena su vida de esta suerte, lentamente, costeando las rutas que han seguido siempre los viejos pilotos, sin sospechar que un poco mas allá, mar afuera, existen nuevos derroteros, mas seguros i que permitirian llegar con mas rapidez que los antiguos al puerto deseado. Pero seria una iniquidad hacer pesar una norma tradicional sobre un hombre que reflexiona si éste, despues de maduro exámen, quizá tras luchas internas i dudas que le han desgarrado por algun tiempo el alma, encuentra que no debe seguirla i que es otro

el camino que su conciencia le señala. No existe poder alguno en el universo capaz de considerar al hombre que se somete a los dictados verdaderos de su conciencia ilustrada, porque esta es la manifestacion mas pura de la fuerza psíquica, que significa lo mas alto i mas noble de cuanto palpita en la creacion. Todos los dias hai Pablos de Tarso que creen oír una voz divina que les muestra la verdad, van tras ella i cambian de rumbo, talvez a costa de grandes sacrificios, con tanto ardor, pero con ménos resonancia que el apóstol de los jentiles. Es respetable e ilumina una de las mas bellas facés de la condicion humana el caso del filósofo judío Spinoza que, para vivir de acuerdo con su conciencia, se retira de su comunidad i se mantiene pobre, puliendo vidrios, indiferente i sereno ante la vanidad mundana, siempre bondadoso, i consagrando todas las potencias de su alma a la indagacion de la verdad. Estos rasgos ponen de relieve uno de los mas nobles aspectos del carácter humano i han hecho de ese hombre una gran individualidad.

Tampoco cabe negarle al que piensa el derecho de publicar libremente lo que él, con lójica i método, ha pensado en el órden especulativo.

La situacion del individuo respecto de la tradicion es la que dejamos apuntada, i no cabe otra dentro de una sociedad civil bien organizada. La independencia intelectual i el respeto a la individualidad de cada cual, así lo requieren. De aquí resulta que es un contrasentido pretender que la masa social con-

tinúe perpetuamente aferrada a la norma tradicional, porque las obras de los escritores i pensadores, siempre que sean en definitiva verdaderos i justos, ejercerán sobre esa masa una accion transformadora, lenta pero inevitable. I si se quiere apagar las voces del pensamiento en nombre de supuestos intereses de la masa, se hiere a la colectividad misma, porque ésta i los sentimientos nacionales i sociales no poseen otros órganos i mentores que las luces del pensamiento individual.

Esto no quiere decir que defendamos una libertad ilimitada. La libertad hai que concebirla como una funcion social i está sujeta a restricciones. Mui amplia en el terreno abstracto i especulativo, donde puede no reconocer otros límites que los que le impone la lójica, la libertad va recibiendo mas i mas restricciones a medida que se concretan los problemas que aborda, hasta alcanzar un máximum de restriccion cuando toca asuntos personales. Aquí el respeto a la personalidad coloca un límite infranqueable.

Es curioso i sólo se esplica el hecho por las peculiaridades del medio social, que entre nosotros se levanten escritores jóvenes como campeones de la tradicion absoluta, miéntras que en pueblos de secular cultura, que han podido apreciar experimentalmente el valor de la simple tradicion, lamentan el peso esclusivo de ella los pensadores mas sabios i mejor ponderados.

Son interesantes sobre el particular las esclama-

ciones que,—sin ponerse de acuerdo, por supuesto,—lanzaron, en entrevistas que tuve con ellos, el célebre filósofo de la Universidad de Berlín, Simmel, i el sabio profesor de la de Leipzig, Wundt. Es de advertir, ante todo, que las exclamaciones a que me refiero no fueron el resultado de una serie de preguntas que yo preparara cuidadosamente; brotaron ellas espontáneamente de los labios de los profesores nombrados. Me interrogó Simmel sobre la producción intelectual chilena. Le espuse que no era abundante i le hablé de algunas de las dificultades que encontraba este jénero de producciones entre nosotros, i entre otras, de la falta de escuelas de preparacion al trabajo orijinal, de la falta de tradiciones científicas e intelectuales, que hace que cada estudioso tenga que ser un autodidacto.

—Es verdad, contestó sonriéndose el ingenioso profesor; nosotros poseemos ya mucho de lo que constituye los talleres i útiles indispensables para la labor intelectual pura: institutos, laboratorios, seminarios, revistas; pero ¡ai! cómo pesa sobre nuestros hombros o sobre nuestras frentes la tradicion. Ustedes, al estar sujetos a ménos tradiciones que nosotros, nos llevan una gran ventaja: pueden trazar rumbos nuevos! El sabio Wundt me preguntó qué creencias relijiosas imperaban en Chile. Le dije que la mayoría era católica, que habia unos pocos protestantes, i, fuera de éstos, muchos indiferentes en materias relijiosas o libre-pensadores. Ah!, repuso entónces,—i me pareció notar en su faz venerable

cierta impresion de dolor,—he ahí una actitud que es mui difícil tomar en Alemania. La tradicion nos abrumba; felices ustedes que, como pueblo jóven, pueden trazar rumbos nuevos! No sé hasta qué punto las espresiones de estos pensadores serán exactas por lo que a la Alemania misma toca; en cuanto a mí, debo confesar que esas palabras, por venir de quienes venian, trazaron una huella luminosa en mi espíritu.

Entre tanto, dice el señor Encina, mas o ménos, segun una de las citas que estampé al empezar esta parte, que los pueblos que se apartan de la tradicion se suicidan. Creo haber probado suficientemente, con lo que he dicho ántes, que no trato de rechazar esta proposicion en absoluto, sino en cuanto ella misma se presenta como absoluta, categórica e intransijente.

A los razonamientos que he aducido hasta ahora, voi a allegar, para concluir, algunos ejemplos que corroboran la doctrina que sostengo.

Marruecos ha permanecido ciego observante de su tradicion hasta nuestros días i se encuentra en plena disolucion. Se ha suicidado al amparo de la tradicion.

El Japon fué tradicionalista absoluto hasta 1868. En este año sacudió de sus espaldas un feudalismo desquiciador que lo debilitaba i, rompiendo en parte con su pasado, tomó valientemente por la via de las imitaciones europeas i occidentales. ¿Nos atreveremos a decir que el brillante cuadro que nos ha pre-

sentado el gran imperio del Oriente despues de su europeizacion es el de un pueblo que se suicida?

¿I fué acaso la política francamente anti-tradicionista de Cavour un suicidio para la Italia? ¿No fué, al contrario, ella un comienzo de nueva vida para la casa de Saboya i para la patria de Lombroso i Carducci? Veamos lo que ha pasado entre nosotros.

El acto mas importante de nuestra vida nacional, nuestra Constitucion como Estado soberano, nuestra revolucion de independenciam contra un gobierno de ultramar, fueron rupturas de la tradicion. Una prueba de ello es que en aquel tiempo realismo i tradicionalismo marcharon estrechamente unidos. ¿O se pretenderá afirmar que las temerarias palabras de Martínez de Rozas que pedian libertad absoluta, que el 18 de Setiembre i el 12 de Febrero se encontraban en nuestra tradicion? ¿I acaso nos suicidamos entónces al romper en parte nuestras cadenas tradicionales? N6. Han tenido razon Lastarria i otros escritores de 1840 para adelante,—cuyas tendencias innovadoras suelen molestar al señor Encina,—para decir que nuestra existencia de pueblo libre ha consistido en una parcial reaccion contra la tradicion colonial. I cabe afirmar que es esta una tendencia en que debe continuarse, guiándose en la práctica por un criterio racional i de utilidad social. Si se afirma, al contrario, que lo que hemos debido hacer (para no suicidarnos) era respetar el pasado colonial, se puede formular la siguiente pregunta: ¿Hicieron mal los fundadores de nuestra República en abolir

la esclavitud, los mayorazgos i otras instituciones vetustas que nos legó la tradicional dominacion española? Mas aun. La concepcion sola de que este pais formara el asiento de una verdadera democracia, constituyó un reto a la tradicion, porque en el pasado no habia existido el menor asomo de una funcion democrática. ¿Diremos que esa fué una concepcion suicida i que arrastraremos a la República a su tumba si persistimos en el ideal democrático?

A estas conclusiones, que es claro que nadie acepta, conducen las afirmaciones exajeradamente categóricas en materias que sólo admiten proposiciones aproximativas.

Las tradiciones i las instituciones tradicionales no son inmutables i eternas. Se modifican poco a poco, i, aun conservando el nombre, suele cambiar la institucion misma por completo. Cómo i cuándo se operan estas modificaciones i estinciones, depende de la vitalidad de los pueblos i de las nuevas circunstancias que van surgiendo en la vida social.

Debemos aceptar, pues, la norma tradicional a condicion de que no sea como la roca de nuestras montañas, sino un terreno dúctil que preste el calor de sus entrañas a las innovaciones necesarias del espíritu; a condicion de que sea como nuestra tierra fértil: la que sustentó a nuestros padres, la misma que recibimos de ellos, pero siempre dispuesta a abrirse jenerosamente cuando se le trazan nuevos surcos, siempre ansiosa de nueva semilla que se apropia i devuelve multiplicada.



SEGUNDA CONFERENCIA

II.—El nacionalismo i el anti-intelectualismo

SUMARIO

- I. El nacionalismo.—El espíritu de nacionalidad en la lucha comercial e industrial.—El nacionalismo i la influencia de civilizaciones estrañas.—El nacionalismo entendido como civismo i espíritu público.—El nacionalismo donde la patria i la raza forman entidades que no coinciden.—El nacionalismo en la enseñanza.—El humanismo i el individualismo epicúreo.
- II. El anti-intelectualismo.—Nuestra educacion científica.—Su estado i defectos.—Diferentes clases de anti-intelectualismo.—Críticas a la ciencia.—La necesidad de conocer o voluntad de conciencia.—La ciencia i las aplicaciones prácticas.—La ciencia al lado de la moral i del arte, como alma de la educacion jeneral.

I

En la conferencia anterior señalamos los caracteres jenerales de la obra del señor Encina i alcanza-

mos a estudiar su individualismo i su tradicionalismo.

Nos toca ahora pasar a ocuparnos del nacionalismo.

Este es un movimiento simpático i alentador. A su paso sólo debe saludársele con aplausos en cuanto se refiere a la nacionalizacion de las industrias i del comercio, al fomento de la marina mercante nacional, a la incorporacion en el alma de la patria de algunos territorios aun no definitivamente anexados, a dar a la instruccion carácter nacional en las partes en que aun no lo tenga i en que sea posible que lo reciba. Que vengan tambien cuanto ántes el teatro i la literatura nacionales. A lo dicho se agrega que las virtudes de algunos de los corifeos del movimiento inspiran confianza en él i lo hacen digno de respeto.

Pero la flamante tendencia llega armada de otro carácter mas: se levanta airada, por lo ménos presentada por la pluma del señor Encina, contra nuestra educacion jeneral i nuestros educadores. Formula tambien aforismos jenerales, que se apartan del nacionalismo económico, sobre el espíritu de nacionalidad i su decadencia entre nosotros, i sobre la influencia malsana de las que llama civilizaciones exóticas. Por estas circunstancias, se coloca la nueva escuela en situacion de que se la llame a cuentas i de que se le pruebe que en estos capítulos se ha equivocado.

No debe olvidarse que se trata de un asunto abs-

tracto i de contornos difusos, de manera que la prudencia lójica aconsejaria no pronunciar respecto de él afirmaciones o negaciones absolutamente categóricas. Pero, como ya lo hemos hecho notar, a nuestro autor lo mueve cierta inclinacion a sostenerlo o rechazarlo todo categóricamente.

*
* *

Afirma el señor Encina que el espíritu de nacionalidad sea una de las causas primordiales del éxito en el comercio i en la industria, es decir, en la lucha por la vida.

I espoleado por esta concepcion grata, expansiva, va a parar a la injenuidad psicolójica de creer que pueda «el hombre (de negocios) consumir la existencia en una actividad devoradora, en la cual el individuo pueda destrozarse, pero la colectividad se engrandece» (p. 106) i a lamentar en consecuencia que casi haya desaparecido el espíritu de sacrificio del presente en aras del porvenir (páj. 161). ¡Qué maridaje mas contradictorio que el del espíritu de sacrificio por la colectividad con la persecucion de fines económicos! Comprendo que se destroe i sacrifique en aras de la colectividad i del porvenir un apóstol, un poeta, un artista, un hombre de ciencia, hasta un hombre de estado i un guerrero; pero no un hombre de negocios. A éstos se les ve siempre impulsados sólo por el interes personal. Les affaires sont les affaires. El señor Encina ha idealizado el

mundo de los negocios como Freytag en su célebre novela *Debe i haber*.

Que el espíritu de nacionalidad sea promesa de triunfo en las luchas comerciales e industriales, no constituye una espresion completa de la verdad; debería decirse «el espíritu de nacionalidad en cuanto encarnacion de ciertas virtudes que los nacionales afirman sean las virtudes humanas primordiales». Los hugonotes fujitivos de Francia despues de la revocacion del edicto de Nantes no fueron a implantar sus industrias en Brandeburgo por espíritu de nacionalidad. Los llevaba el noble anhelo de gozar de libertad de conciencia e hicieron mas de lo que los alemanes habian hecho hasta entónces, no porque poseyeran mas espíritu de nacionalidad que ellos, sino porque sabian mas que ellos.

¿Imperaria con superior fuerza el nacionalismo en Cartago que en la Roma republicana? Creo que no, i sin embargo los tesoros acumulados por la industria : el comercio rebosaban en la primera, miéntras en la segunda la pobreza era una escuela de austeridad.

Los centros comerciales de mas prosperidad del mundo entero son los centros cosmopolitas, donde los individuos de todas las razas, azotados por el afan del lucro, se arremolinan en esos lugares privilegiados para disputarse las riquezas de la tierra.

I si es verdad que esos individuos se agrupan por nacionalidades, es mas cierto aun que se agrupan por clases. En Paris un banquero español se

siente mas ligado a un banquero frances que a un obrero español.

I entre nosotros ocurre igual cosa. Nuestros centros mas prósperos son los cosmopolitas; i no seria acertado afirmar que los austriacos de Punta Arenas, los alemanes de Valdivia i los ingleses de Concepcion i Valparaiso han triunfado, porque posean mas espíritu de nacionalidad que los chilenos. Han triunfado, porque, como los hugonotes de Brandeburgo, han llegado sabiendo en ciertas cosas mas que ellos i armados de cualidades forjadas en el duro yunque de la necesidad, cualidades que no son propiamente muestras de nacionalismo; a saber, el amor al dinero unido a un concepto serio de la vida, en que se destacan el sentimiento del deber i de la disciplina, i el desprecio de ciertas preocupaciones sociales contrarias al trabajo. Sin duda, los alemanes i los ingleses al practicar estas virtudes afirman que practican virtudes alemanas e inglesas; pero el hecho de que las practiquen no sólo los alemanes i los ingleses, sino tambien los extranjeros de otras colectividades i ademas muchos chilenos, prueba que esas virtudes no constituyen un don de tal o cual nacionalidad.

Pasamos al segundo reparo previo.

*
* * *

Los hechos han probado que no es exacto que siempre envuelva un peligro para una sociedad la

penetracion, la influencia en su seno, de ideas, tendencias i organizaciones extranjeras i exóticas.

Querer destruir estos hechos con una negacion absoluta es una quimera. La historia está llena de las acciones i reacciones favorables que ejercen los pueblos unos sobre otros. Es el *a b c* de esta ciencia que los europeos recibieron, de las civilizaciones que podemos llamar mas exóticas, la imprenta, la brújula, la pólvora, el papel, inventos que trasformaron majicamente la cultura moderna occidental, i que mas tarde los europeos han devuelto el préstamo centuplicado con los intereses de cinco siglos, enseñándoles a los orientales sus industrias, su sistema de gobierno representativo i su organizacion militar.

Desde las artes manuales hasta las ciencias, la filosofía i las letras, los pueblos son maestros i discipulos, que se dan i reciben lecciones en comun refriega. I en estos mutuos cambios, ni los hombres, ni los pueblos, ni las obras han perdido su carácter nacional. No lo perdió Corneille cuando escribió *Le Menteur*, ni Le Sage con su *Gil Blas* o su *Diable Boiteux*; ni Shakespeare cuando recojió las leyendas de un extremo al otro del mundo, desde Dinamarca hasta Italia i Grecia, para pulir las joyas que, engastadas en metal inglés, forman su corona de poeta universal; ni lo perdió tampoco el gran Goethe cuando, como una abeja del Olimpo, fué a libar en el Lacio el néctar del jardin humano mas rico, para

ofrecerlo despues trasformado en la miel de su poesía pagano-jermánica a la patria alemana.

Estas consideraciones amenazarian con ser interminables; apresurémonos a ver lo que ha ocurrido en nuestro Chile.

Nadie dudará del carácter eminentemente nacional de nuestro ejército i, sin embargo, ha recibido la mas poderosa influencia alemana en todos los detalles de su organizacion. Se puede decir que, en este respecto, el alma chilena ha nacionalizado al jermanismo.

No podemos desconocer i dejar de agradecer la accion benéfica ejercida entre nosotros por un Bello, un Mora i por tantos sabios i profesores extranjeros, especialmente franceses i alemanes.

I, repitiendo un ejemplo de que ya he hecho causal, debo dejar establecido que no nos habríamos constituido jamas en nacion independiente sin los contragolpes de la revolucion norte-americana, de la revolucion francesa i de la monarquía napoleónica. La revolucion norte-americana fué la consagracion práctica de la filosofía de Locke, i la francesa lo fué de la filosofía del siglo de Voltaire i de Rousseau. Nuestra sociedad no se hallaba entónces en situacion de concebir por sí sola i prohijar con éxito ninguna idea libertaria, i nuestra alma nacional habria perdurado en su letargo del coloniaje, si no hubieran llegado a despertarla las concepciones atrevidas de las filosofías racionalistas e innovadoras del siglo XVIII.

Pensar que en la existencia contemporánea la vida de las naciones no pueda concebirse fuera del intercambio mundial, sobre todo en el campo de las letras, de las artes, de las ciencias i de los estudios sociales, no significa que nos resignemos a perder en el tráfico nuestra personalidad, nuestra neta idiosincracia nacional. Al contrario. Nuestro ideal mas definido debe ser afirmar nuestra autonomía, nuestra potencia nacional de una manera íntegra i aspirar a dejar de ser una factoría tanto en lo material como en lo espiritual, tanto de Hamburgo, Lóndres i Nueva York, como de Madrid, Roma i Paris. No iremos, es claro, a cortar los lazos que nos unen con estos grandes centros, pero debemos aspirar a que nos unan de igual a igual.

* * *

Aceptaria que se dijera que el sentimiento de nacionalidad ha decaído entre nosotros desde un punto de vista moral, si se entiende que el nacionalismo nos trae quizás determinaciones mas precisas de lo que hemos llamado siempre patriotismo, civismo, espíritu público. Porque desde luego hai que eliminar entre nosotros el sentido mui propio i adecuado que encierra ese término para pueblos donde la nacion i la patria constituyen entidades que no coinciden. Así se comprende que la Alemania, dividida en una multitud de reinos i ducados i debilitada por una anarquía política secular, haya

sido i sea teatro de un vigoroso empuje nacionalista; que por el mismo motivo lo haya sido la Italia i que aun lo sea—para entre otras razones,—comunicar las palpitaciones de su alma a la Italia *irredenta*; que Inglaterra, señora de la Gran Bretaña que sustenta en su suelo restos de razas vencedoras i vencidas i tiene al costado en Irlanda un miembro enfermo i peligroso, cultive el nacionalismo; que los checos de Bohemia i otras razas de la monarquía austro-húngara ensalzen el espíritu nacionalista hasta el delirio para no verse ahogados bajo el imperialismo germánico; i que los desgraciados polacos traten de formarse con el calor de sus leyendas, con las notas aun no estinguidas de su pasado, una patria interna, una patria del alma, ya que su estado soberano pereció hace tiempo, devorado por las ambiciones de los poderosos i los vicios de su organización política.

Ah! Con qué íntimo gozo se puede volver la vista a Chile despues de esta breve enumeracion i contemplar que aquí no se agregan a nuestros problemas los de rivalidades de razas, de pueblos esclavos, o de tierras que jimen bajo el yugo extranjero. Al nacionalismo no le corresponde, pues, entre nosotros la mision vital que asume en los pueblos nombrados, porque nosotros poseemos ya felizmente mucho de lo que allá falta.

En cuanto norma de conducta, nuestro nacionalismo ha de consistir en una acentuacion del civismo i del espíritu público. En otro sentido no care-

ceмос de él. Los testimonios extranjeros son a este respecto unánimes i elocuentes, i no digamos para recusarlos que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, porque bien puede suceder que por no salir de la casa i por ausencia de un punto de comparación experimental, nos equivoquemos respecto de nosotros mismos. El ilustre profesor norteamericano, Pablo Reintsch, que visitó a Santiago en 1908 como delegado al congreso pan-americano, publicó el año pasado en una revista alemana en Berlin un estudio sobre las repúblicas hispano-americanas. De nosotros habla en buenos términos i casi con cariño, i en una parte de su artículo dice mas o ménos: «Chile, encerrado entre los Andes i el Pacífico, es una isla; su sociedad, mui semejante a la inglesa del siglo XVII, posee una poderosa fuerza de cohesion, i a los extranjeros que caen en ella los absorbe, se los asimila.....»

Me parece que si esto no se entiende como que poseemos un fuerte espíritu nacional, carece de sentido. I que vivamos en una suerte de isla en un extremo de nuestro continente, revela que el ilustre profesor nos encontró algo *aislados*, lo que sin duda es favorable para la conservacion de lo exclusivamente nacional, aunque funesto para otras cosas que son tambien importantes.

Un jóven holandés que nos visitó el año del centenario en calidad de comisionado de una de las secciones de la Esposicion de Bellas Artes, me hablaba, con un entusiasmo que me electrizó, de la im-

presion que le habia dejado el pueblo chileno, su espíritu nacional, su vigoroso patriotismo. Algo semejante no habia sentido al otro lado de los Andes.

Sabemos qué críticas nos ha valido en el terreno intelectual nuestro acentuado nacionalismo, no digo de escritores a veces mal humorados como Unamuno, pero aun de espíritus tan ecuánimes i serenos como Altamira.

Suponiendo aun que estas observaciones carecieran de valor i que el espíritu de nacionalidad hubiera decaído realmente, no habría que buscar las causas de este fenómeno ni tampoco de la falta de nacionalismo moral, o sea del civismo que en realidad se nota, ni en la penetracion de los ideales humanitarios i socialistas ni en el descastamiento de la enseñanza.

Nuestra enseñanza, hablo en particular de la secundaria, no es servilmente alemana ni francesa ni norte-americana. Tiene mucho de las dos primeras, sobre todo de la alemana; pero posee ademas rasgos propios, exclusivos, nacionales. Los cantos que entonan nuestros niños son los himnos marciales que infiltran en su alma, con el arte, las imágenes de un glorioso pasado; los libros de lectura castellana están compuestos, en su mayor parte, sobre todo en los primeros años, con trozos de escritores nacionales, sobre asuntos nacionales i usando (ejemplo único en todos los pueblos de habla castellana) ortografía nacional; en el reino de los animales i de las

plantas, penetran nuestros niños recorriendo los campos de nuestra flora i nuestra fauna; aprenden a venerar nuestras instituciones republicanas, lamentando los vicios que las adulteran i soñando con nobles remedios para los tiempos venideros; nuestros niños son los únicos en todo el planeta (cosa por lo demas mui natural) que estudian con amor la historia i la jeografía de esta faja de tierra, siguiendo las peregrinaciones, triunfos i luchas de los hombres que forman su raza, i sintiéndose ellos mismos convertidos en realizadores i alma de sus esperanzas.

Estas circunstancias dan carácter a nuestra enseñanza i la diferencian de la de cualquier otro pais del globo.

Es verdad que faltan, para el estudio de nuestra historia i jeografía, cuadros de paisajes chilenos i de acontecimientos i personajes chilenos. Una vez que se subsanen estos defectos, acentuará mas su carácter nacional la enseñanza de los ramos indicados. E igual cosa acontecerá con la educacion en jeneral, una vez que se empieza a suministrar la instruccion cívica, que ya se encuentra incorporada en los programas.

Pedir fuera de esto que se nacionalizaran las matemáticas, la física, la química i la cosmografía, seria como tratar de darles carta de ciudadanía al fuego central, al éter i al sol.

Pero ademas se ha dado a entender que nosotros podríamos hacer en el estudio de la historia lo que hacen Alemania i Francia: deformar el pasado, alte-

rar los hechos para hacer jirar la historia universal al rededor de la historia patria.

Es sensible que tal cosa ocurra en aquellos paises ya que el patriotismo i el nacionalismo deben i pueden alimentarse siempre con la verdad. Pero aquello que, por ser falso, es lamentable en las grandes naciones europeas, seria ridículo entre nosotros que ocupamos sólo desde ayer un lugar en la historia del mundo.

Claro está que la historia universal podemos enseñarla, viendo modo de aplicar sus lecciones a nuestras circunstancias i necesidades. Entiendo que esto lo practican nuestros profesores desde hace mucho tiempo.

Se manifiesta aquí de nuevo ese rasgo que hice notar al empezar este estudio; el de las omisiones en que suele incurrir el señor Encina. Miéntas gasta tanto empeño en pro de la nacionalizacion de los colejos del Estado (aunque parezca pleonasma, ya que esos colejos tienen bastante carácter nacional por el hecho sólo de ser dirigidos por el Estado, que en un pueblo como el nuestro debe ser la entidad mas representativa de la nacionalidad) no dice una palabra de los colejos que no dependen del Estado. Entre tanto, tenemos que los colejos congregacionistas son propiedad i órganos de la Iglesia, que no es una institucion nacional.

En este campo si que debia entrar a señalar la nueva tendencia, la necesidad de ensanchar las atribuciones del Estado en el sentido de que ejerza un

control elevado i firme sobre todos los establecimientos particulares de instruccion, de cualquiera clase que sean.

Dejo señalados estos puntos de meditacion a los nacionalistas sinceros.

*
* *

Que el humanitarismo i el socialismo sean causa de algo entre nosotros, es atacar fantasmas, molinos de viento,..... por la mui obvia razon de que no existen, fuera quizá de una pequeña i dispersa minoría, ahogada en medio de la muchedumbre. Por lo mismo, este escaso número de individualidades desorganizadas carece de influencia política i social.

La jente cree saber mas o ménos lo que es socialismo, aunque el concepto que de él tienen se halla mezclado con las numerosas patrañas que se cargan a su cuenta para amedrentar a los inocentes. Pero, en fin, si la idea de socialismo ha de ser para muchos oscura, me parece que ha de serlo aun mas la de humanitarismo.

¿En qué consiste el humanitarismo en Chile?

Se puede decir que el señor Encina comprende bajo este nombre cierto vago ideal de solidaridad universal. Es este un hecho tan superficial i que penetra en el alma de tan pocos, que buscar ahí una de las causas de nuestra supuesta desnacionalizacion no es ni raspar la corteza del asunto.

Es como si despues de una granizada fuerte que arrojó al suelo muchas flores, i despues que la mano gentil de una dama fué a recojerlas para que no se enlodaran, se dijera que la dama era la culpable de que el jardin estuviera sin flores.

Por otra parte, ningun amante de los estudios humanos, del humanismo, ningun creyente sensato de la solidaridad, deja de pensar que la forma primordial, esencial de esa misma solidaridad, es la solidaridad nacional, la patria, entidad que en nuestra época se impone como objeto de amor sagrado e indiscutible, i como primera piedra que se debe respetar en toda su integridad, aun dentro del propio culto de la humanidad.

El concepto de solidaridad no es tampoco un terminacho difuso que posea sólo una virtual disolvente i anárquica. Por lo mismo que acabamos de decir en el párrafo anterior, es el único que puede dar un sentido completo al amor patrio. Fuera del amor a las bellezas i a los lugares de la tierra natal, ese sentimiento no lleva en sí otro significado que la solidaridad que nos liga al pasado nacional i que hace que sean como nuestras las glorias pretéritas; la solidaridad que nos une a las jeneraciones actuales i los anhelos comunes que sustentamos para el porvenir.

No se encuentra en el humanismo el enemigo del espíritu de nacionalidad. El humanismo es idealista i no ha sido ningun idealismo el agudo roedor i desquiciador de nuestro sér social i político.

Si el humanista es profesor, estoi seguro de que no les enseña jamas, a sus discípulos a pensar en primer término en la humanidad, porque sabe que encarar las cosas de tal suerte es colocarlas fuera de la realidad, como si se empezara a construir una casa por el techo, segun ocurría en uno de los países que visitó Gulliver. Sabe el profesor que los conflictos que amagaran a su discípulo no ocurrirán entre su patria i la humanidad, sino entre la patria i él mismo, entre su ambicion i el interes de la colectividad; i le enseña entónces que en ese conflicto, que suele desgarrar el alma de los hombres, huya de ser un egoista ramplon i vulgar, busque la armonía que haga de él un ciudadano útil que, sin descuidar su propia personalidad, colabore a incrementar el bienestar jeneral i a realizar la justicia social. I si el humanista es escritor i trata de cosas, de ideas i de hombres estraños a la patria, lo hace así aun teniendo en vista el bien nacional, porque cree que es conveniente para la formacion i desarrollo de la opinion de una nacion culta, que sepa lo que ocurre mas allá de sus fronteras, no sólo por los cablegramas de los diarios, sino por el conocimiento de cómo contemplan los mejores pensadores i artistas los problemas del mundo i de la vida.

No existe tampoco oposicion desde un punto de vista moral, entre lo humano i lo nacional o, por lo ménos, lo que se reconoce i cuida como nacional. Lo nacional en este sentido no es mas que la concrecion, en determinada raza, de cualidades que re-

visten valor humano. La prueba de ello es que si nos apresuramos a reconocer como caracteres nacionales nuestros el valor, la resistencia, la hospitalidad, el ingenio simpático, cierta serenidad de espíritu, etc., no diremos lo mismo respecto del hábito de mentir, de la inclinación al robo, del analfabetismo, del alcoholismo, aunque estos últimos caracteres sean tan antiguos como los primeros, por la sencilla razón de que a unos los llamamos defectos que hemos de estirpar, i a los otros nuestras buenas cualidades que debemos cultivar. ¿I dónde se encuentra la piedra de toque para distinguir lo bueno i lo malo? En el hecho de tener o no tener valor humano. Ningun pueblo aceptará como rasgo de su carácter nacional una cualidad tenida por humanamente mala, censurable o despreciable.

El enemigo del espíritu de nacionalidad, o mas bien, empleando espresiones que sustituí ántes, del civismo i del espíritu público, se halla, no en el humanismo, sino en el individualismo epicúreo i sin ideales. Esta es la encarnación de una tendencia refractaria a perseguir otra cosa que el placer o el interés. Es verdad que al lado de este individualismo vive otro individualismo honrado i bien inspirado; pero constituye la excepción, i carga además con el pecado de cubrir con la bandera de la doctrina a ese hermano culpable.

Ha sido el individualista de aquella especie, tipo disolvente i funesto, el agente que ha viciado todos los anhelos colectivos.

El, a su vez, ha resultado del predominio sin contrapeso de los intereses materiales, i de la conveniencia social que ha habido para el individuo de amortiguar la vida de su espíritu, o sea, de llevar una vida espiritualmente falsa. La falta de armonía entre lo que se cree i lo que se hace, i una sociedad que se satisface con las apariencias, i estima la correccion i no la virtud, siembran el desengaño i arrojan al hombre a buscar en los goces sensuales el olvido de una vida intensa del alma, que aterra a los débiles con sus conflictos. El hombre práctico, que suele no constituir mas que una variedad del tipo que describimos, el oportunista, el mundano, han sido los imitadores del oropel de la cultura extranjera. Ellos han justificado lo que se pueda decir en contra de la sujestion superficial ejercida por civilizaciones estrañas, porque, miéntras el humanista ha buscado personalmente o en los libros los frutos de la cultura humana mas alta i mas pura, ellos han aprendido e importado de Paris, Viena i Berlin los refinamientos exteriores o viciosos que se compran i no exigen esfuerzos. Ellos han ansiado sólo el confort para sus cuerpos repletos i sus almas vanas, i han difundido en torno suyo un contagio moral de abatimiento para lo ideal, para lo no material. Han levantado como única divisa el ganarse la vida, saborear los goces, i acumular pronto fortuna de cualquier manera para subsistir sin trabajar. Son ellos, los individualistas epicúreos, la flor, la manifestacion i el resultado de una oligarquía que no

ha adorado otro dios que el dinero. La patria i el estado son tules que envuelven a los soñadores i que los individualistas interesados desgarran impunemente. Bajo el imperio moral de estos hombres, la sociedad ha presentado el aspecto de un naufragio. El grito o el rumor que se ha oido por doquiera ha sido una especie de «sálvese quien pueda». Este grito de alarma ha sido la biblia de muchos viejos i el señuelo desorientador de no pocos jóvenes. I en la voráGINE han quedado el civismo i el espíritu público olvidados como ídolos huecos de otros tiempos.

MiéntRAS esto ha ocurrido en una ronda vertiginosa en que han bailado bolsistas, negociantes, mundanos i políticos, los humanistas, los idealistas, los profesores, a quienes ahora se acusa, han contemplado ese vértigo con dolor sin poder detenerlo. No han salido a cojer en él ni goces ni honores ni dinero; han sufrido i han soñado; pero jamas se han sentido vencidos. Han tratado de dar calor i de sentir ellos mismos las llamaradas i el amor de los espíritus sanos i nuevos. Sin desconfiar del porvenir de la patria, le han tributado un amor constante, i movidos por este amor i por una concepcion justa e integral de la existencia, se han consagrado a un modesto majisterio. Han servido así los intereses nacionales, buscando en el estudio i en el cultivo de las almas jóvenes el bien de esta tierra, la realizacion de un ideal perfecto, casi una dicha, a veces un consuelo, i para mas tarde un remedio.

En resúmen:

El nacionalismo no puede tener entre nosotros el carácter que reviste en otros estados poblados por distintas razas i donde la nacion i la patria son entidades que no coinciden.

Es verdad que corresponde a una necesidad pública el nacionalismo en la industria, en el comercio, en la instruccion pública, en parte, i en la instruccion particular en cuanto es menester ponerla bajo la supervijilancia del Estado: es decir, en todo lo que tienda a hacer de nuestra colectividad un pueblo integramente soberano i con personalidad propia.

Pero de aquí no se infiere que sea conveniente para nuestro progreso rechazar toda influencia de civilizaciones estrañas. Méenos aun en el campo de las letras, de las artes, de las ciencias i de los estudios sociales.

De lo dicho en los dos párrafos anteriores, resulta que el nacionalismo del señor Encina es incompleto, en cuanto *no comprende la estension de las atribuciones del Estado en varios puntos necesarios*, i es exajerado en cuanto condena la influencia de civilizaciones estrañeras sin distincion.

Entendida la decadencia de nuestro espíritu de nacionalidad como decadencia del civismo i del espíritu público, no debe buscarse la causa de este hecho ni en el descastamiento de nuestra enseñanza ni en las propagandas humanitarias i socialistas, sino en el personalismo individualista i egoista, que ha resultado del esclusivo predominio de los intereses

materiales i de la sujestion a llevar una vida espiritualmente falsa.)

II

Hemos delineado hasta este momento los caracteres mas jenerales de la obra del señor Encina; hemos visto sus proyecciones de índole social.

(Vamos a entrar ahora al terreno de la educacion misma i vamos a examinar otro de los rasgos peculiares de la obra, rasgo que podríamos denominar su *anti ciencismo*, si se me permite la espresion, o su anti-intellectualismo.

Nuestra enseñanza científica es objeto de severas censuras de parte del señor Encina.

En la página 242 habla del «anacronismo que pomposamente denominamos enseñanza científica», i en la página 324 de «la postracion moral i económica que nos ha traído la imitacion de la enseñanza científica europea». Dice tambien: «su alma (la del jóven), formada en el culto de la ciencia, desprecia al que sabe ménos».)

Empecemos por esta última afirmacion para no volver a ocuparnos de ella.

En primer lugar no existen jóvenes que de nuestros establecimientos salgan con su alma forjada en el solo culto de la ciencia. Los educadores saben, i de ellos lo aprenden sus discípulos, que fuera de la ciencia hai otros valores humanos, como ser la moralidad con su principal esponente el trabajo, la jus-

ticia, la belleza. No obstante, en el supuesto de la existencia de un jóven formado en la admiracion esclusiva del saber científico, podemos negar aun el efecto de vanidad que supone el señor Encina. El jóven así forjado no desprecia al que sabe ménos que él sino cuando éste pretende pesar mas que él en la inevitable competencia humana, no en virtud de valores morales o intelectuales sino por el brillo que presten simplemente la cuna o el dinero. El corazon jóven, que tiene la indignacion fácil, se subleva ante éstas que llama con razon preocupaciones sociales.

Pero cuando no es tal el caso, asume él mui distinta actitud ante el que no sabe. Si algo ha aprendido, tiene asimismo la idea de que su escasa ciencia no ha de ocultarla a los hombres como el tesoro de un avaro ni ostentarla tampoco como las joyas de un fatuo, sino hacerla servir para ayudar a algunos cerebros a salir un poco de las tinieblas. Este proceder lo ha aprendido el jóven en la doctrina de sus profesores i en su ejemplo, ya que muchos dan continuamente, fuera de sus clases, conferencias de diffusion científica.

Un buen número de los jóvenes sigue despues el mismo camino i trabajan por la estension de los conocimientos entre las clases obreras, por medio de conferencias i lecciones en escuelas nocturnas.

Con mayor razon se podria volver la frase del señor Encina contra la educacion que recibe el jóven adiestrado exclusivamente para los negocios i decir

que «su alma, formada en el culto del dinero, desprecia al que tiene menos».

I henos aquí conducidos a una polémica de valores. ¿Qué es mas censurable, que el rico desprecie al que tiene menos que él o el bachiller al que sabe menos que él? Es claro que establecemos aquí una disyuntiva de dos cosas que pueden caer juntas bajo una misma censura.

Se establece una especie de ruptura entre dos fines que, si en la realidad suelen no hermanarse, desde un punto de vista moral no son incompatibles. De todas maneras, si fuera preciso elegir cuál de los dos extremos es mas censurable, creo que optaríamos porque lo es despreciar al que tiene menos. Pero esta desarmonía, que no existe en la educación jeneral, la hemos supuesto por un momento para probarle al señor Encina que si es malo el exclusivismo del saber pretencioso, el exclusivismo del dinero es aun peor.

Cuando el señor Encina dice de nuestra educación científica que es un anacronismo, emplea una expresión algo ambigua: se puede entender o que se refiere a la educación que se proporciona en los establecimientos chilenos o a la educación científica en jeneral. Cabría también entender que refiriéndose sólo a los establecimientos chilenos, no se ha querido criticar todo el sistema sino sólo algunos detalles de la instrucción o algunos métodos arcaicos que en parte subsistan. Pero en este caso resultan demasiado grandes, demasiado comprensivas, para lo que se ha

querido decir, las dos proposiciones principales que trascribí al empezar esta parte. No se corrijen detalles de procedimientos i programas hablando del «anacronismo que pomposamente denominamos enseñanza científica» ni de «la postracion moral i económica que nos ha traído la imitacion de la enseñanza científica europea.» Obrar así es algo parecido a ponerle fuego a un edificio i decir luego que se ha querido repararlo.)

Por el conocimiento que tengo de la cuestion, puedo afirmar que la instrucción científica de nuestros liceos es *en lo esencial* igual a la que se da en los paises mas adelantados. Es posible sólo señalar algunas diferencias de detalles. En Alemania i Francia se estudian con mas atencion los mismos ramos que en nuestros institutos. En los reales gimnasios alemanes existen sí gabinetes admirablemente instalados, compuestos de un anfiteatro para la clase, del gabinete propiamente dicho, de un taller para reparar i aun hacer aparatos, de una sala de preparaciones, de una salita para el profesor i de un departamento con mesas, aparatos i útiles para cada alumno. Esta última seccion tiene por objeto hacer que los jóvenes trabajen personalmente i efectúen esperiencias por sí mismos. Así se consigue agujonear en ellos la observacion independiente, la formacion de juicios propios i el desarrollo de su individualidad, fines a que la educacion alemana contemporánea atribuye una importancia capital. Las nociones que se enseñan dentro de los ramos científicos son las

tenidas por definitivamente ciertas i las que no se han elevado a esta dignidad se comunican sólo como hipótesis. Los métodos que se emplean son los únicos posibles, de acuerdo con los adelantos de la psicología i de la pedagogía modernas: métodos intuitivos, objetivos i experimentales, en que la memoria pasa a ser sólo la facultad retentiva indispensable para que se conserven grabadas las ideas ganadas por la observacion i el razonamiento propios, i no se evaporen como el vaho de un cristal.

Mis palabras no deben ser tomadas en el sentido de que yo encuentre que vivimos en el mejor de los mundos posibles en materia de instruccion científica. Hai algo que suprimir en los programas, especialmente en los de matemáticas i de ciencias naturales. De los primeros se podrian borrar algunas elucubraciones demasiado abstractas, i de los segundos ciertas clasificaciones mui minuciosas, sobre todo en botánica. Pero en cambio habria que agregar algo que es indispensable en una educacion jeneral: ciertos elementos de psicología, de moral i de sociología, asuntos que no son para jóvenes de 15 a 18 años tan abstrusos como pudiera creerse a primera vista. Es menester incluir estas disciplinas o en los programas de los liceos de primera clase o en un curso de humanidades superiores.

Es verdad que la enseñanza de la cosmografía no se efectúa de una manera intuitiva, como seria de desear. Nuestros gabinetes de ciencias físicas i químicas no se hallan tampoco por lo jeneral tan rica i

adecuadamente instalados como los de los reales gimnasios alemanes. Los gabinetes de ciencias naturales de los liceos no poseen el número suficiente de microscopios para que cada uno de los alumnos de los cursos superiores pueda hacer observaciones por sí mismo.

Pero esta insuficiencia no proviene de falta de ideas o de voluntad: es una situación que a menudo tiene sus causas sólo en los inapropiados edificios en que todavía funcionan muchísimos liceos i en las escaseces de que suele padecer el presupuesto de instrucción.

Se podría decir que nuestra educación científica era un anacronismo si se empezara, por ejemplo, la enseñanza de las matemáticas con definiciones i no por medio de operaciones efectuadas con objetos i representaciones concretas; o la de las ciencias físicas i químicas con aforismos i apotegmas en lugar de observaciones i esperiencias; o, por último, si en vez de cosmografía se dieran lecciones de astrología, i se enseñaran las doctrinas de Cuvier i no las de Darwin.

Pero nada de esto ocurre i nuestra instrucción no merece, en consecuencia, el dictado de anacrónica.

Este calificativo ha brotado sin duda con facilidad de la pluma del señor Encina impulsado por su tendencia anti-intelectualista. Esta su tendencia queda además probada con la importancia que le da a la acción i a la moral sobre la especulación i la investigación de la verdad. Se podría decir de nuestro

autor que es voluntarista. El predominio de la voluntad o sea el voluntarismo, es saludable i conveniente, siempre que no se desconozcan los fueros del pensamiento i de la verdad.

El anti-intelectualismo ha informado poderosas corrientes de la filosofía contemporánea. Entre ellas hai que mencionar como primeras, en el orden del tiempo, el moralismo de Secretan, el tradicionalismo de Brunetière, que proclamó hace mas de veinte años la bancarrota de la ciencia, el voluntarismo de Payot i la sofística de Nietzsche. Ultimamente el pragmatismo de James i el intuicionismo de Bergson, constituyen las escuelas mas conocidas de esa orientacion encaminada a rebajar el valor de la intelijencia i que conduce, como dice Fouillée, a formar una amalgama de misticismo i escepticismo.

Ya hemos visto que el autor de «Nuestra inferioridad económica» es francamente voluntarista; pero ademas, por la importancia que da a lo útil sobre lo verdadero, no seria inexacto colocarlo dentro de los fieles del pragmatismo.

Es sabido que para esta doctrina esencialmente norte-americana la verdad es un concepto de valor secundario o de ningun valor en sí mismo. Verdadero es lo que sirve para la accion; es lo útil. Verdades que no espoleen nuestra actividad no son verdades: así forman el maridaje mas estraño un escepticismo radical con un practicismo exajerado.

No me esplico realmente como se pueden aliar

este desprecio de la verdad, especulativa o no, con las preocupaciones morales que sustentan indudablemente los pragmatistas i los prácticos que defienden su practicismo como doctrina. Es peligroso que cada cual pueda llevar en sí el criterio de lo bueno i de lo verdadero con sólo buscar lo que lo impulsa a la accion o lo que le es útil. Considérese a que estremos de egoismo son capaces de conducir semejantes principios.

En realidad, el señor Encina no dice en ninguna parte espresamente tales cosas. Habla, al contrario, con frecuencia del sacrificio en pro de la colectividad. Pero las consecuencias que he señalado se desprenden como un fluido inevitable de todo evangelio exclusivamente práctico i utilitario, en el que la verdad no es considerada como un valor humano de primera clase, ni moral ni intelectualmente hablando. No hai principio sin escepcion i éste tambien las tiene; por ejemplo, para sujestionar a un enfermo puede ser menester ocultarle la verdad.

Los anti-intelectualistas i enemigos de la ciencia, fuera de empujar la moral por una senda peligrosa, han desconocido un aspecto fundamental de la naturaleza humana. La intelijencia del hombre necesita formarse representaciones, ideas, sobre el universo, sus elementos i los seres que lo pueblan. Esta necesidad la sienten todos los hombres i cada cual la satisface segun las luces de la época en que le ha tocado vivir i segun los medios que ha podido poner al servicio de su propia cultura. Como dice Foui-

llée, además de la voluntad de poder i de acción, palpita en nuestro espíritu la voluntad de conciencia.

Segun hemos dicho ya ántes, las representaciones de la mente han empezado por ser absurdas, estafalarias, incoherentes, i ha debido la humanidad recorrer un calvario doloroso, a menudo regado con su sangre, para depurarlas poco a poco.

En esta lucha contra las representaciones falsas o errores, el arma mas sólida i eficaz de que ha dispuesto el hombre es la ciencia.

La ciencia es un conjunto de métodos lójicos en virtud de cuyo empleo se llega al conocimiento de las leyes naturales que rijen los fenómenos del mundo. Gracias a esas leyes es posible interpretar i prever los acontecimientos. Segun las semejanzas de los fenómenos que estudian, los métodos i las leyes se agrupan en diversas disciplinas que constituyen las distintas ciencias jenerales i particulares.

De entre todas las ideas que ocupan nuestra mente sólo las debidas a una esperiencia inmediata o a la ciencia pueden inspirar certidumbre completa. Fuera de ellas llenan los campos de la conciencia opiniones i creencias que, fundiéndose con las imágenes producidas por nuestras adquisiciones experimentales inmediatas i científicas, constituyen los conceptos del cosmos i de la existencia.

¿Significa lo dicho que la ciencia sea una especie de divinidad infalible por todos acatada i cuyos veredictos no admitan apelacion?

Nó; mui léjos de esto. Sus mismos partidarios no

participan ya de la fe absoluta en ella que animaba el espíritu de Bain. Para este filósofo, una lei bien establecida debia valer en todo tiempo i en todo lugar, como una espresion necesaria de la naturaleza de las cosas, i debia hacer inútil toda nueva investigacion sobre el particular. Ahora Mr. James i los pragmatistas sostienen que las leyes científicas se hacen, se deshacen i se rehacen, modificadas i no constituyen verdades eternas. No es posible negar que a los pragmatistas les acompaña en parte la razon. Segun el filósofo Mr. Le Roy, los hechos científicos i las leyes no constituyen espresiones de la realidad sino que son creaciones de los sabios. Esta observacion es sin duda parcialmente cierta, pero tomada de una manera absoluta precipita en el mas insostenible nominalismo i subjetivismo.

Para Mr. Stanley Jevon, las leyes científicas son sólo la espresion de relaciones conocidas entre fenómenos observados. La infinitud del universo i la posibilidad de otras colocaciones de materia quitan a las leyes el carácter de irrevocablemente absolutas.

La uniformidad de la naturaleza, que constituye el postulado fundamental de la ciencia, no es tampoco completa, segun Mr. Jevon. «Deseo mostrar, dice (1), que aquellos que hablan de la uniformidad de la naturaleza i del reinado de las leyes naturales interpretan mal estas afirmaciones. La lei no es in-

(1) The Principles of science. P. 750.

consistente con una estrema diversidad. Como sabemos, el oríjen de nuestro sistema planetario se encuentra en una nebulosa de materia ardiente, i la historia toda del hombre no forma mas que un breve lapso en su marcha hácia el frio i la condicion de piedra. Esta conclusion no se puede rechazar sino en virtud de hipótesis mui dudosas. Afirmar, pues, que lo que se ve en la naturaleza es variedad constante i un cambio siempre progresivo, es establecer lo que enseñan los hechos de una manera indudable».

No hai que olvidar que cuando Mr. Jevon habla de que «la historia toda del hombre no forma mas que un breve lapso en su marcha hacia el frio», se trata de un lapso que es breve dentro de las proyecciones de la eternidad, i que breve i todo, ese lapso no ha de comprender ménos de unos tres millones de años..... segun cálculos trascritos por el sociólogo Mr. Lester F. Ward. No existe, pues, motivo para alarmarse todavía.

Mr. Jevon se complace en repasar i concebir con verdadero *humour* británico las posibles sorpresas que puede depararnos la naturaleza, i que dejarían por el suelo nuestra concepcion de su uniformidad absoluta. El choque con estrellas o con cuerpos oscuros del espacio son amenazas bastante remotas si se quiere, pero no imposibles. No lo es tampoco que penetremos en el núcleo de ùn cometa, acontecimiento que no seria de resultados tan inocentes como atravesar la cauda de cualquiera de esos cuer-

pos errantes. Nuestro planeta puede ser envuelto en una nebulosa de hidrógeno i estallar en un segundo, o, sin esta desgracia venida de afuera, puede estallar en virtud de esplosivos internos.

La uniformidad que concebimos es mui semejante a la que podria idear una raza que habitara un planeta envuelto en una atmósfera de oxígeno i gas grisú. Esa raza se habria desarrollado i habria constituido su ciencia en conformidad a las circunstancias que la rodeaban. Entre sus uniformidades figuraria la de que en su mundo no hubiera fuego. Pero a lo mejor ocurre lo que no era difícil que ocurriera: estalla sin saber de donde una chispa del terrible elemento, se inflama la atmósfera toda del planeta i en un instante desaparecen del espacio la raza i la ciencia anígneas.

Pero es tanta la confianza que abrigamos en la uniformidad esencial de la naturaleza, que estos horrores fantásticos no nos alcanzan a conmovier. Además, estas mismas limitaciones puestas a nuestra confianza significan un triunfo de la ciencia, porque sólo en virtud de las investigaciones científicas se llega a establecer el valor relativo de las uniformidades.

La ciencia ha pasado i pasa, pues, por los tamices de las críticas mas agudas i minuciosas; pero estas críticas hai que entenderlas en el sentido de que no quiere dársele a la ciencia un valor absoluto. Tienen a hacernos ver de la mejor manera posible el terreno relativo en que marchamos. La ciencia apa-

rece imperfecta en comparacion con un método ideal que no existe i que debiera permitirnos asir verdades completas i eternas. Las críticas no van encaminadas a establecer que la ciencia no sea el mas sólido i seguro método de investigacion i prevision de entre todos los medios de conocer que a su disposicion tiene nuestra débil i falible intelijencia humana.

*
* *
*

De las disciplinas científicas hai muchas que se prestan a preciosas aplicaciones prácticas, como por ejemplo las enseñanzas de la química puestas al servicio de las industrias, i las lecciones de la fisiología animal i vegetal en cuanto ilustran las prescripciones de la hijiene, de la crianza de animales i del cultivo de las plantas.

Aunque en la historia la práctica haya venido ántes que la teoría, o sea la accion ántes que la reflexion, la verdad es que en tiempos de superior cultura, las artes, o sea la práctica, no forman mas que el rico florecimiento de las semillas arrojadas por la ciencia. La práctica misma sufriria si se renunciara a la ciencia.

Seria posible entender las críticas enderezadas contra la educacion científica en el sentido de que se quiere que se enseñen de una manera práctica sólo esas disciplinas de aplicacion utilitaria inmediata.

Pero aun así, los anti-ciencistas carecen de razon. Se olvidan del aspecto puramente cognoscitivo de la naturaleza humana i del cual hemos hablado en líneas anteriores.

Son incompletos. Hacen pensar en hombres que vivieran en noche perpetua, comiendo bien i con buen fuego para retemplar sus pesados miembros; pero a luces apagadas, porque en materia de lumbrere creyeran que era bastante con los resplandores de la siempre encendida cocina que les sirviera de hogar.

Los anti-ciencistas se olvidan de que hai verdades científicas destinadas principalmente a satisfacer la necesidad de conocer i de las cuales no se pueden estraer reglas para escribir con ellas tratados de hijiene o manuales de zootecnia.

En este noble grupo,—en las alas de cuyas concepciones atrevidas suele tocar la ciencia en las fronteras de la filosofía i de la poesía,—figuran la teoría de Kant i de Laplace sobre la formacion de los cuerpos celestes, el descubrimiento de Copérnico que derribó la concepcion jeo-céntrica de nuestro sistema planetario, las leyes del movimiento de Newton, el trazo de las órbitas de los planetas por Kepler, la teoría de la evolucion, las ideas sobre el oríjen del hombre i su estado prehistórico i tantas otras.

Si enseñar estas nociones es incurrir en el pecado de anacronismo, debemos suprimirlas para darles gusto a los anti-ciencistas, i suprimir ademas junto

con ellas muchas otras enseñanzas relativas a fenómenos que nos asedian día a día o que excitan nuestra atención de cuando en cuando.

Los vientos i las lluvias, la nieve, la luna i las nubes, las aves i los árboles, formarían la decoración sordo-muda preparada por mano misteriosa para nuestra peregrinación por la tierra. I como moscas que se pasearan buscando átomos comestibles en una tela de Miguel Anjel, pasaríamos nosotros la vida ante las maravillas de la creación.

Pero nuestra naturaleza se resiste a que las cosas ocurran por completo así. Podemos pretender destruir la educación científica; pero no lograremos desarraigar la voluntad de conciencia, las representaciones explicativas sobre el cosmos i los seres. I el desgraciado espíritu, al cual le hayan mondado la ilustración i la capacidad científicas, se preguntará de todas maneras, como don Ramiro convaleciente, el héroe de la novela de Larreta: «¿Dónde se redondea el granizo? ¿Quién hace resonar los atambores del trueno? ¿Quién fabrica los vientos? ¿De dónde vienen?»

Para responder a estas preguntas i a muchas otras, no acudirá ya la explicación científica que se ha desterrado del reino de la inteligencia, i el vacío dejado por ella lo ocuparán indefectiblemente los mitos, las supersticiones arcaicas i las consejas de las abuelas. Entonces nuestros futuros bachilleres,—libres ya del «anacronismo que pomposamente denominábamos enseñanza científica» i habiendo salido tam-

bien de «la postracion moral i económica que nos habia traido la imitacion de la enseñanza científica europea»,—volverán a la edad de oro de las interpretaciones antropomórficas. Al sentir el deslumbramiento del rayo i los atambores del trueno, verán en estos fenómenos prodijiosos, sin pensar en Francklin ni en nada semejante, la manifestacion de una divinidad poderosa, del Jehová de este pueblo elegido. Nuestros jóvenes del porvenir sufrirán a menudo la amenaza del hálito tenēbroso i furtivo de las pestes i no acordándose de Pasteur ni de Roux, sabios anacrónicos, implorarán a Apolo, que en su divina cólera suele castigar con estas plagas a la culpable humanidad. Los hombres de la nueva jeneracion no dejarán de percibir algunos eclipses i al notar cómo se estienden las temerosas sombras de la tierra,—cómo nada saben de las leyes i movimientos de los planetas,—hallarán la misma solucion para tan estupendo misterio que encontraron los chinos de otros siglos: pensarán que deidades furiosas i apasionadas combaten en las alturas i oscurecen la luz. Entónces aquellos hombres del porvenir se pondrán a meter destemplados ruidos con toda clase de instrumentos en calles i plazas para apartar a los combatientes.

Quizá pudiera creerse que estas inferencias son fantasías exajeradas en las que nadie ha de pensar seriamente; pero es menester convenir en que si se afirma que la educacion científica es un anacronismo i no se quiere apartarse de la lójica, aquellas conse-

cuencias son razonables. Aun en el supuesto de que con la espresion de «educacion anacrónica» se haya querido hablar sólo de algunos defectos de detalles, aquellas digresiones no han sido ociosas. Han servido para poner de relieve la funcion puramente cognoscitiva de nuestra vida espiritual, funcion no bien apreciada dentro de las nuevas tendencias utilitarias. En el grado de cultura a que hemos llegado, es una actividad necesaria de nuestra mente la de conocer por conocer sin buscar ahí ni un provecho inmediato ni un arte de ganarse la vida.)

(Séame permitido insistir en que esta defensa que hago de la educacion científica no significa,— como ya lo he dado a entender ántes,— que la ciencia sea capaz de llenar por si sola el alma humana. Quedan todavía en ella los senos del arte i de la moral en los cuales se alcanza la mas intensa vida por medio de la cultura de los sentimientos. Aun en el campo de las ideas i representaciones, el caudal que poseemos no es debido por completo a la ciencia. Sobre muchas cosas no alcanzamos a formular mas que creencias i opiniones, i nuestros actos tienen que ser a menudo sólo el resultado de intuiciones, inspiraciones, de cálculos aleatorios o soplos de fe.

Hechas estas salvedades podemos establecer que la educacion científica es la mejor disciplina para la formacion del criterio, tanto como preparacion para la actividad práctica i utilitaria, cuanto como fuente para suministrar las ideas mas ciertas sobre el mundo i la vida.

En atencion a ámbos fines, i hablando desde un punto de vista intelectual, debe constituir la ciencia el alma de la educacion jeneral en todos sus grados. Así se formará en la mente de todo ciudadano la concepcion sólida de que vive en un mundo rejido por leyes naturales que le conviene conocer para el mejoramiento de su propia vida i el progreso de la vida colectiva.)



TERCERA CONFERENCIA

III. La educacion moral.—La tendencia utilitaria.—Los fines de la educacion jeneral

SUMARIO

- I. La educacion moral.—Críticas.—Influencia moral de la cultura espiritual.—La educacion del placer.—Procedimientos de educacion moral.—Causas que perturban la accion educadora de los establecimientos de instruccion.—1.^a Sus defectos de organizacion; 2.^a La falta de establecimientos para anormales; 3.^a Que los liceos i demas planteles no constituyen los únicos factores de la moralidad; Otros factores importantes: la familia i demas instituciones sociales.
- II. La tendencia utilitaria.—Amenaza bastardear el carácter de la educacion jeneral.—Carece de verdadera eficacia.
- III. Los fines de la educacion jeneral.—La instruccion secundaria en Alemania, Francia i Estados Unidos.—Las ideas que la encaminan.—Opiniones de Münch, de Herwig, de Dürkheim, de Mümterberg.—Carácter burgues de

la instruccion secundaria en Alemania i Francia.—Su carácter democrático en los Estados Unidos.—La instruccion por el Estado i la formacion de una aristocracia de la cultura.—Caracteres que estas dos circunstancias imprimen a la educacion jeneral.—Las disciplinas fundamentales de ésta.—Conclusion.

I

Le ha llegado su turno al exámen de uno de los mas graves cargos dirijidos a nuestros institutos. Se dice que en ellos no se educa moralmente. El señor Encina repite esta afirmacion con verdadera insistencia.

Veamos algunos párrafos de su obra:

«Si a esta memoria de preparacion técnica (de que ha hablado en un párrafo anterior) se agregan la *falta de vocacion por el trabajo*, la *carencia de hábitos de disciplina* (miéntras otros de nuestros flamantes reformadores encuentran que en nuestros establecimientos impera una excesivamente rigurosa disciplina jermánica) i el *vacío moral*, consecuencias de una enseñanza completamente inadecuada para el alma nacional, se comprenderá en qué condiciones empieza a pelear la jornada de la vida el muchacho que termina humanidades.»

«De la educacion del carácter no hai otras huellas que cierta tendencia a *atrofiar* en el niño el *desarrollo de la voluntad*, para hacerle mas dócil i mas educable intelectualmente (*antes ha dicho que hai falta de disciplina*). Esta mision deriva no sólo de las di-

facultades prácticas que presenta la educación de la voluntad, sino también de un prejuicio teórico sobre el valor relativo del carácter i de la inteligencia, compartido por casi todos los directores de la instrucción pública». (Páj. 207). Afirmación inexacta que queda rechazada con el hecho de que a ningún joven le basta con ser inteligente i aprovechado para mantenerse en un liceo. Se le exigen además firmemente todas las virtudes que se condensan en la disciplina.

Continúen con las citas.

«En la enseñanza general, dice nuestro autor, se alejan deliberadamente los ideales que conducen a la actividad económica para no desvirtuar sus fines.»

«Está calculada la enseñanza para no influir en la evolución social. Se limita a desarrollar las facultades que conducen al cultivo de las ciencias i de las artes liberales.»

En resumen, podemos establecer que, para nuestro escritor, la enseñanza que se da en los establecimientos del Estado adolece de los siguientes defectos de carácter moral:

No comunica vocación por el trabajo (¿manual?).

Ni hábitos de disciplina.

Deja un vacío moral.

Atrofia el desarrollo de la voluntad.

Aleja los ideales que conducen a la actividad económica.

Prescinde del carácter.

Es una coincidencia interesante que los profesores hayan creído hasta ahora perseguir los mismos fines que el señor Encina indica al lamentar lo que falta: vocación para el trabajo i, por consiguiente, estimación de los ideales que conducen a la actividad económica; hábitos de disciplina i desarrollo del carácter i de la voluntad.

Hai dos puntos en las aspiraciones del señor Encina en que no se encuentra esa coincidencia que acabo de mencionar. ¿Condensan talvez ellos lo que nos aporta de nuevo nuestro autor, para alcanzar los frutos morales que aun no cojemos?

En mi sentir, no son de los mas apropiados para tal objeto, como vamos a verlo.

Los puntos son el cultivo de las cualidades propias del hombre de negocios i el desarrollo de la ambición ilimitada. Este último fin no lo señala espresamente el señor Encina, pero lo infiero del hecho de que lamente la falta de ambición ilimitada en nuestra juventud.

De toda la obra que analizamos se desprende un hosanna constante que levanta sobre una nube de incienso la figura del hombre de negocios. Parece que de la multiplicación de este tipo (empleando la expresión *tipo* a la manera de los naturalistas) dependiera la salvación de la moral i de la sociedad.

Yo no desearia otra cosa que participar de la fe de los convencidos que tal creen. ¡Qué descanso tan grato seria poder exclamar con ellos: hemos encontrado la panacea que buscábamos i enderezaremos

el eje del mundo social! Pero desgraciadamente el problema no es tan sencillo, i presentar al hombre de negocios como un ideal moral i social, significa sólo incurrir una vez mas en el exclusivismo económico de que hablaba al empezar este estudio.

Lo económico, o sea lo que es propio de las ocupaciones del negociante, no basta a llenar el contenido de lo moral i de lo social. Lo económico, si se quiere, forma las raices, lo indispensable para el sustento; pero el árbol mismo de la vida ocupa una estension mucho mayor, va tras la luz, el aire i el rocío; i peligra su existencia si se le priva del cariño de la naturaleza i se le cortan desatinadamente sus ramas i sus hojas.

Por suerte, en el árbol de la vida social no todo es negocio i no se alcanzan a medir los valores morales en su totalidad con una simple escala industrial o comercial. Tenemos, ademas, las ramas de la justicia i de la cooperacion, las flores de la belleza i del amor, i los frutos de la abnegacion.

I con sólo jirar al rededor del oro i de la utilidad, no se logran estas supremas creaciones del sentimiento humano.

¿Qué decir ahora de la *ambicion ilimitada*?

En primer lugar que toda ambicion ilimitada acusa un desequilibrio psíquico, casi un estado neurasténico, a ménos que se quiera espresar con esas palabras la condicion de que tras cada deseo que muere o es satisfecho deba nacer en nuestro corazon un nuevo deseo.

Pero esta es una virtud que no necesita ser fomentada; subsiste por sí sola. El deseo, o sea la busca del placer i la repulsa del dolor, es la esencia misma de la vida. Como dijo un poeta, «en el corazón humano jamás se forma el vacío».

La frase no pasaría de ser una tantología en este sentido. Debe tener otro.

Examinemos, en busca de una iluminación, las propias palabras del señor Encina.

«Falta a nuestros jóvenes, dice en la página 106, la ambición intensa e ilimitada, el estímulo que mueve al hombre a consumir la existencia en una actividad devoradora, en la cual el individuo puede destrozarse, pero la colectividad se engrandece.»

Si queremos entender la frase en conjunto, debemos ver que se trata de una ambición ilimitada e intensa dirigida al engrandecimiento de la colectividad. Se trata de la hermosa actividad propia del artista, del apóstol, del filántropo, del patriota i del político dotado de gran espíritu público; es decir, del ser delicado, que lleva en su alma más partículas de Quijote que de Sancho, i siente sed ilimitada e intensa de gloria i de justicia.

Pero este ser constituye sólo indirectamente un factor económico. Significa sí una potencia moral de primer orden, porque lo que lleva en su pecho en sustancia es anhelo sin límites de trabajo.

Semejante ambición no deja de cultivarse en nuestros institutos, viendo modo de estirpar de raíz e

falso concepto que hace consistir la verdadera vida en acumular dinero para descansar pronto.

Pero aquellas formas de ambicion ideal no se amalgaman bien con las tendencias jenerales i el espíritu de «Nuestra inferioridad económica».

Nos quedan aun las interpretaciones posibles.

En primer lugar, que esa ambicion intensa e ilimitada, dispuesta a destrozarse en una actividad febril para que la colectividad se engrandezca, sea la propia de un hombre práctico, de un comerciante o de un industrial.

Pero de esta suerte caemos en el contrasentido, en el *non-sens* de que hemos hecho mencion ántes. Lo característico del hombre práctico,—i mas aun si lo anima una ambicion intensa e ilimitada,—es que persiga su utilidad; i no que se sacrifique como héroe del progreso social.

Un bolsista o un salitrero que esponga su vida i sus bienes por el adelanto jeneral, es tan inconcebible como un halcon cuidador de palomas.

¿Habrá sido, sin embargo, este sentido benévolo el que nuestro autor ha querido darle a la frase? ¿Cómo se esplicaria en este caso que no haya reparado en lo difícil que es encontrar fundidos en un solo ser el espíritu del hombre de negocios i el anhelo del sacrificio en bien de la colectividad? Se esplicaria por el entusiasmo económico que embarga al señor Encina, entusiasmo que, como todas las emociones, es capaz de enturbiar momentáneamente la claridad del juicio.

En segundo lugar. Que la ambicion que analizamos sea la que alienta al individuo negociante que, como es natural, se afana sólo por su provecho i no se siente con la resignacion apostólica i heroica necesaria para entregar su cabeza en aras del bien comun.

Esta interpretacion se aviene mejor que las anteriores con la índole utilitaria e individualista de «Nuestra inferioridad económica».

Se trataria en dos palabras de la ambicion interna e ilimitada de hacer dinero. Tendríamos entónces que se lamentaba la ausencia en el alma de nuestra juventud de un ideal que, sea como sea, constituye una verdadera monstruosidad ética. La ambicion así entendida rompe los lazos sociales, es contraria a la idea de cooperacion, perturba la armónica division del trabajo i significa un evangelio que en definitiva es aprovechable sólo por unos pocos afortunados en desmedro de la masa social. La idea de deber, el equilibrio de la vida i el cuidado i desarrollo de la personalidad, están reñidos con esa ansia loca. Puede consistir para muchas individualidades el sentido de la existencia en correr afanosamente tras mas i mas fortuna. Pero tal pensamiento no debe ser sancionado como regla social i ética de carácter universal.

Entendiendo de esta suerte la ambicion ilimitada, decia al empezar esta parte que los educadores no acompañaban al señor Encina en algunas de sus aspiraciones.

Así tenemos que el cargo de carencia de ambi-

cion en nuestros jóvenes cabe interpretarlo de tres maneras, de las cuales una envuelve un contrasentido, la otra señala un fin amoral, i la tercera muestra un ideal de trabajo noble i desinteresado que palpita por lo ménos en los principios que animan a muchos de nuestros educadores i educandos. Es verdad tambien que buen número de profesores i jóvenes, cansados pronto de bregar desinteresadamente i vencidos por el espíritu del siglo, no persiguen otro fin que la fortuna.

A la par que nuestro crítico ensalza las virtudes moralizadoras de la actividad mercantil, desprecia como insignificante o nula la influencia de la cultura espiritual. No me resigno a dejar de citar aquí un sabroso párrafo que dice relacion con lo que estudiamos i nos presenta *en raccourci* el espíritu del libro. «El noventa i ocho por ciento de los educandos, dice en la páj. 243, despues de hacer algunos versos (tarea que no entra u ocupa un lugar mui secundario en los programas), remedar algunos períodos de prosa (va siendo un defecto escribir en buen castellano), hacer algunos análisis químicos (estudio que no sirve ni para la cultura científica ni para la práctica industrial), coleccionar algunos insectos o plantas (este nacionalista protesta de que no se conozca la flora i la fauna de su país) o pintar una ensalada en cuenta de paisaje (el dibujo tampoco sirve para los industriales) tiene que renunciar de grado o por fuerza a un jénero de actividad para el cual carece de aptitudes».

Aquí tenemos al dibujo i a la poesía, a la prosa i la ciencia condenadas a la vez, así como sin distincion, segun dijo Bello, «mezclados lleva el carro de la muerte al viejo, al niño, al delicado, al fuerte».

I en la página 207 dice: «A imitacion de la deleznable enseñanza que, como supervivencia de los extravíos técnicos de otra epoca, subsiste todavía en Europa, la nuestra ha carecido siempre de ideales (afirmacion que examinaremos mas tarde). No es que se desconozca la necesidad de la educacion moral, sino que se estima que la da la influencia que las luces del espíritu ejercen sobre el corazon i la voluntad».

Las opiniones contenidas en este párrafo i en el anterior, no contienen la espresion completa de lo cierto. Sin ser un factor principal de la moralidad, las luces del espíritu o la ilustracion no carecen, sin embargo, de importancia en ese sentido.

La cultura espiritual se la reparten las ciencias, las letras i las artes. Las ciencias envuelven un valor moral, en cuánto llevan consigo un sentimiento de amor a la verdad. Este sentimiento, desde un punto de vista subjetivo, crece hermanado con la sinceridad, la rectitud, la lealtad, cualidades que a su vez se condensan en el sentimiento de la dignidad i de la estimacion propia, sin los cuales no es posible concebir individuos de valor social, que sepan apreciar i respetar a sus semejantes, en virtud de la elevacion misma con que han sabido concebir la condicion humana.

He dicho que no basta el culto de la verdad para lograr tales fines. Difícilmente podrán librar los teoremas de Euclides i de Newton de la corrupcion de su alma a un jóven que vive en un prostíbulo.

I a la inversa, si pasamos de las ciencias a las letras, ¿no arrojaría un jérmen malsano en el alma de un adolescente de quince años la lectura de los cuentos de Bocaccio, aunque viviera en el hogar mas puro i ordenado?

Si tememos la accion maléfica de la literatura en ciertos casos, debemos aceptar tambien que haya literatura que ejerza una accion moral benéfica, i, por consiguiente, no debemos detenernos asustados ante los educadores que para el cultivo de los sentimientos morales ponen parte de sus esperanzas en la cultura espiritual. ¿O la verdad se encontrará en el dilema de que la literatura ejerce o una accion malsana o una accion nula? Tal dilema constituye una enumeración incompleta que nadie puede aceptar.

No nos vamos a engolfar aquí en una disgresion sobre si la literatura deba avanzar llevando por divisa «el arte por el arte» o respetando los preceptos morales. El hecho es que existen en gran número bellísimas creaciones literarias capaces de dejar en el alma la mas honda i benéfica impresion moral.

Negar esto equivaldría a olvidar desde la Biblia hasta la rica literatura contemporánea. No cabe hacer aquí una esposicion ni medianamente acabada de ejemplos sobre el particular; pero cualquier lector puede comprobar la impresion profunda que le

han dejado algunas páginas del Evangelio i de los Pensamientos de Marco Aurelio, o el conocimiento por Plutarco de las nobles vidas de algunos griegos ilustres como Epaminondas i Pericles, o la renovación tambien depuradora de desprecio i asco ante la corrupción cesárea pintada por Suetonio. El alma toma bríos i se ennoblece al recorrer las páginas vibrantes de arte, de valor moral i de elocuencia en que Macaulay pinta a Milton, Adisson i Bacon, i Carlyle, a los héroes.

La Sapho de Daudet, que es una joyita de arte, es asimismo una lección de moral para los jóvenes cuando tengan veinte años, según las propias palabras del autor, que la dedicó a guisa de amuleto preservador a sus hijos. No puedo dejar de agregar aquí tambien la mención de muchas novelas de Sudermann, Tolstoi, Dickens, Bourget, Pérez Galdos, Palacio Valdes, etc. ¿I qué decir de la historia, o mas bien de nuestra historia, para no estendernos demasiado? El conocimiento de la época del coloniaje nos conforta i da ánimo, porque nos hace ver cuánto hemos progresado, aun moralmente, a pesar de la comun creencia contraria. ¿I quién no ha sentido el escalofrío de la emoción ante las bravas temeridades de O'Higgins o ante la heroica concepción del deber de Prat? Las luchas de la paz en que terciaron con noble esfuerzo i constancia Bello i Lastarria, Amunátegui, Matta i Barros Arana, alimentan el espíritu con un fuego sereno que es aliento para el presente i el porvenir.

El sentimiento de solidaridad, en jeneral, no se puede cultivar sin la ayuda de la historia i las letras, i el sentimiento de solidaridad nacional, o sea el amor patrio, reclama para florecer la accion de la poesía, de la prosa i de la historia nacionales.

Podria estender las anteriores consideraciones a la influencia de los estudios filosóficos; pero como éstos se hacen mas raramente, los pasaremos en silencio.

No andan, pues, del todo descarriados los que para el cultivo de la moralidad ponen su confianza, en parte, en la cultura de la intelijencia; pero no se debe dejar de decir que la bondad de la lectura para el desarrollo intelectual i moral se halla sujeta a dos condiciones, por lo ménos: 1.º Que no se lea demasiado. Enseña bastante a este respecto el hermoso librito de E. Faguet, intitulado: *El arte de leer*; i 2.º Que se selecten escrupulosamente las obras. Hasta los 18 o 20 años, ningun jóven debiera leer sin consultar previamente sobre los libros a elejir a sus padres o a sus profesores.

El cultivo de la intelijencia para las letras i las artes contribuye especialmente con un gran aporte en favor de la moralidad, desde el punto de vista de lo que podemos llamar la *educacion del placer* o *para el placer*. Saber recrearse es llenar bien cerca de la mitad de la vida. Para disfrutar de la presencia de huéspedes tan esclarecidos como son los goces que ofrecen las artes, las ruinas i el teatro, es menester preparar de antemano dignamente los compartimen-

tos del alma para recibirlos. Ellos no visitan el alma inculta; pasan por ella como rayos de luna ante un ciego de nacimiento. Sin estudios previos, los museos son extraños i caóticos hacinamientos de cosas raras i viejas que marean i fatigan la atencion; los monumentos, esfigies mudas de un pasado representado en la mente por la tela gris de la nada; i los suspiros i lamentos del canto i de la música son ruidos que emocionan sensualmente con su cadencia. Los espíritus incorporados en los mármoles, en las arcaicas piedras venerables, en las maderas, en los marfiles i en los cuadros, huyen al acercarse el paseante ignaro i dejan a sus ojos sólo la materia bruta, para que proyecte con ella algun utilitario aprovechamiento inmediato.

Este adiestramiento de las facultades constituye una condicion *sine qua non* para visitar con éxito cualquiera ciudad europea. No digo los museos, las calles de Roma no se pueden recorrer con gusto sin saber latin: las inscripciones de las columnas i de los miles de restos que se yerguen entre los vivos en la Ciudad Eterna, están escritas en latin, i, como esfinjes veladas, como damas que desprecian a un galan mui burdo, se ríen del ignorante que las mira sin entenderlas.

Ese adiestramiento significa tambien una ventaja moral. El refinamiento del espíritu aleja de los goces fáciles de los sentidos; i, a la inversa, el que en Paris se aburre en el Louvre o en el Luxemburgo va

a derrochar su dinero con las cocotas de los bulevares i en las tabernas de Mont-martre.

En nuestras ciudades,—por la monotonía de la vida que se lleva en ellas i la pobreza artística de que adolecen,—es quizas mas necesaria que en los grandes centros la educacion para el placer. A nuestros hombres suele no ofrecérseles mas que el vino, el juego o el amor comprado, para interrumpir la uniformidad tediosa de un dia sin horizontes. La salud, la fortuna, la paz i la dicha de muchos corazones, se pierden en el vértigo de las cartas i del alcohol por no haber iluminado a tiempo el alma con algunos rayos de cultura espiritual. Falta a veces el sentido de la belleza natural i no se saben buscar horas de plácida felicidad en la contemplacion de nuestras nieves eternas, de nuestros mares i de nuestros valles. Si el libro, el grabado i la nota musical hubieran elevado a tiempo ese espíritu con sus alas salvadoras, no lo arrastrarian despues torpemente las pasiones por el lodo.

Así pues, la educacion intelectual i artística, sin ser un factor fundamental para la formacion de la moralidad, posee, sin embargo, en este sentido un gran valor para ennoblecer tanto la actividad de la voluntad como sus horas de placer.

Pero los educadores no se limitan a descansar en la accion moralizadora de la cultura espiritual. Ponen ademas en ejercicio todos los recursos que se encuentran a su alcance para desarrollar las virtudes morales, a saber: 1.º Apreciar i estimular mas el

trabajo que el éxito fácil. Aquí se trata de todo trabajo honrado sin ensalzar ni rebajar ninguno. El trabajo económico no deja de apreciarse. En algunos liceos se han tomado iniciativas para fomentar el ahorro; 2.º En el aprendizaje provocan en cuanto es posible la acción i la iniciativa ántes que la recepción i la repetición; 3.º Obrán por el ejemplo i con su influencia personal; 4.º Tratan de comunicar los hábitos de deber, constancia i regularidad, en virtud de la disciplina i del orden que reinan en el establecimiento, i que debe formar como una atmósfera que se va infundiendo a cada instante en el alma del joven; i 5.º Obrán con sus doctrinas i sus enseñanzas de moral propiamente social.

*
* *

¿Significa lo dicho hasta este momento que no tengamos nada que desear en materia de educación moral, i que nuestros institutos hayan obrado con entera eficacia en el desarrollo del carácter de nuestra juventud? Mui léjos de eso. Diversas circunstancias han perturbado i en parte tendrán siempre que perturbar la acción moral de los institutos de educación. Los críticos deberían haber investigado estas circunstancias para proceder con mas justicia i provecho.

Por nuestra parte creemos poder señalar las tres siguientes causas de ineficacia.

1.^a Los defectos de organizacion de que adolecen los liceos.

2.^a La falta de establecimientos para niños anormales.

3.^a Que los liceos no constituyen el único factor de la moralidad en la vida social.

Examinemos por separado cada una de ellas brevemente.

Primera.—Segun la organizacion actual de los liceos, los profesores trabajan por horas i pueden hacer clases en distintos establecimientos. Estas son circunstancias que entraban la accion educadora del profesorado. El profesor que recibe sus estipendios por horas de clases, no se siente inclinado a echar sobre sus hombros las tareas de educador fuera de las clases i no alterna con los niños en los patios durante las horas de juego i recreo. Por otra parte, el profesor que desempeña 30, 35 o la cifra enorme de 40 horas de clases, no puede ser educador ni aun desde su cátedra. Con la labor abrumadora que lleva a cabo, anda él siempre fatigado, carece de esa frescura i plasticidad espiritual indispensables para dirigir almas i se convierte en máquina de enseñar. Existe un hecho fácilmente perceptible que prueba la verdad de este acerto: todo profesor es mas educador en Marzo que en Noviembre. Es decir, despues de las grandes vacaciones su corazon se esponja en el reposo i llega dispuesto a abrirse a las insinuaciones de la benevolencia; despues de un año de pesado trabajo, su pecho se reseca i se inclina, no

ya del lado del amor o de la justicia, sino de la estrictez rigurosa.

Que un profesor vaya de un lado para otro, dando clases en diversos planteles, es un hecho que confiere al profesor un carácter poco orgánico. Este orden de cosas autorizado i aun necesario segun el réjimen actual, hace que el profesor pertenezca i no pertenezca a todos los establecimientos en que funciona. Pertenece a ellos para cumplir mínimamente con su trabajo por horas, i no pertenece para colaborar en cualquiera obra extraordinaria o para interesarse por la marcha jeneral de ellos.

Estos juicios son jeneralizaciones que no quitan que existan muchísimos profesores abnegados, que acepten gustosos labores extraordinarias i que anhelan el progreso de los institutos en que funcionan.

De todas maneras, las observaciones anteriores nos han hecho ver que seria mejor que los profesores estuvieran adscritos a un solo establecimiento, que fuesen remunerados por cátedras i no por horas, i que tuviesen, a lo mas, a su cargo 20 o 22 horas semanales de clases. En Alemania, el máximum está fijado en 22 horas; en una que otra parte, en 24. En Francia, el máximum es de 16 a 18. En la República Argentina, los profesores no pueden hacer mas de cuatro cátedras i cada cátedra consta de 3 a 4 horas.

En cuanto al nombramiento de los profesores, seria de desear que ninguno lo recibiera en propiedad ántes de haber servido algun tiempo en calidad de

interino. I aun para ser nombrados interinamente, deberían pasar primero por un período de prueba. Esta sería tomada por una gabela en la situación presente; pero no será así si se hace al mismo tiempo del profesorado una verdadera carrera, en que se goce de remuneraciones equitativas, se exija una labor prudente i equilibrada, i se tenga la expectativa de justos ascensos.

Cabria hablar aquí tambien de la organizacion de los internados. Es sabido que para la mejor educacion moral es preferible al réjimen de caserna, que jeneralmente impera entre nosotros, el réjimen de *homes* u hogares. En lugar de agrupar centenares de niños en grandes dormitorios i comedores, donde forzosamente tienen que estar sometidos a una disciplina algo militar, viven en colonias de 15 a 20 muchachos en casas apartes bajo la autoridad de un profesor casado. Aquí llevan, en lo posible, una vida en que se unen las ventajas de la existencia en familia a las de un establecimiento puntualmente ordenado.

Este sistema no tiene, respecto del de cuartel, otro inconveniente que el de ser mas caro. Exije mayores gastos en edificacion, en instalacion i en manencion. Implantarlo entre nosotros, requeriria que las pensiones de los pupilos internos se elevaran proporcionalmente.

Segunda. — Hacen falta establecimientos para anormales; es decir institutos que, bajo la direccion de educadores especialmente amaestrados, se dedi-

quen a lograr la mejor conformacion moral posible de los rebeldes, neurópatas i dejennerados, hijos de alcohólicos, de dementes, de epilépticos o de criminales natos.

Estos tipos andan actualmente diseminados por nuestros liceos e institutos comerciales, i constituyen una rémora para la perfecta elevacion moral de la totalidad.

Tercera.—Los institutos de educacion no constituyen los únicos factores de la moralidad social.

Fuera de lo que puede hacer la herencia orgánica, individual i psíquica, la moralidad resulta principalmente de la accion de la herencia social. Esta se comunica por medio de la familia, de los institutos de educacion i del medio social propiamente dicho, dentro del cual es menester comprender las iglesias i relijiones, la literatura, la prensa, etc.

El individuo recibe diversas *sujestiones* de estos órganos de la cultura social, i en obedecimiento de ellas obra por *imitacion*. Pero esta accion no la ejercen simultáneamente con una misma fuerza esos elementos de la sociedad. Antes de la juventud, el individuo está libre de toda influencia de la literatura i de la prensa; i los establecimientos de instruccion, los teatros i los templos no tienen directamente valor ninguno para las personas que no acuden a ellos.

Es posible distinguir los tres siguientes períodos en la vida individual, en atencion a los órganos de cultura que mas influyen en el desarrollo de la moralidad:

1.º Hasta los 7 u 8 años. Predominan en absoluto la familia i los círculos sociales que se encuentran en íntima relacion con ella.

2.º Hasta los 18 o 20 años. Intervienen, al lado de la familia, los establecimientos de educacion jeneral.

3.º Despues de los 20 años. Continúa la accion de la familia; pero ya, junto con la influencia de los institutos de educacion superior, profesional o técnica, se dejan sentir las sujestiones directas de toda la sociedad en un sentido lato.

Es de advertir que en los mas de los casos influyen constantemente la relijion i la iglesia en la conformacion moral del individuo durante los tres lapsos señalados.

La familia es el conservatorio donde sale a luz i crece esa plantita delicada que se llama espíritu humano: es el primero en el tiempo i en importancia de todos los órganos de la cultura moral. El hogar es el primer taller donde se moldean e imprimen direcciones a los jérmenes que en el nuevo vástago de la humanidad ha depositado la herencia física.

Por obedecimiento a los padres i por imitacion de ellos i de otras personas de la familia i de la servidumbre, el niño va aprendiendo lo que se debe hacer i lo que no se debe hacer. En este proceso moral se agrega a la accion del instinto de imitacion, el temor al disgusto del padre o de la madre, i el plaer producido por una caricia o una recompensa que

se recibe. En relacion con estos sentimientos se halla la simpatía que el niño siente hácia las personas que le rodean continuamente i que tienen en sus manos cosas agradables que proporcionarle. Así empiezan a esbozarse de una manera enteramente concreta en la mente infantil las ideas de *deber, bien, sancion, etc.* *Bien*, es lo que ordenan o permiten las personas cuya autoridad reconoce i siente el niño. *Mal*, es lo que ellas reprueban i prohíben. El niño sabe entónces que debe hacer el bien o las cosas buenas i evitar el mal o las cosas malas. Sabe tambien que procediendo de la primera manera experimentará diversas consecuencias que le producirán placer, i que en el caso contrario acarreará penas i dolores sobre sí. Esta incipiente relacion de causalidad es la semilla de su futuro concepto de *sancion*.

La influencia de la familia es decisiva. Puede formar al individuo una especie de coraza moral, capaz de resistir victoriosamente los embates de la vida posterior. Pero tambien cabe que efectúe una accion malsana. Si los padres carecen de una concepcion clara de lo que exige de ellos la formacion de la moralidad de sus hijos o no tienen carácter para aplicar esas exigencias, la educacion moral no resultará, o resultará sólo por escepcion, cuando se trate de niños mui sanos, equilibrados, i de cualidades superiores.

Descartemos a los padres que constituyen un contajio inmoral para sus hijos, ora por sus incitaciones directas al crimen i al vicio, ora por sus ejemplos

corruptores. Descartemos tambien a aquellos que creen haber llenado sus obligaciones de «cabeza de familia», suministrando el dinero necesario para el mercado i para las plumas, pieles i cintajos de su mujer e hijas. Algunos padres ignoran jeneralmente que la moralidad de sus hijos ha de ser el fruto de una labor compleja i constante, ^{de la} colaboracion de cada una de las personas i cosas que se ponen en contacto con el niño, i, ante todo, de las palabras i ejemplos de los mismos padres. Ignoran esto i a veces no practican en sus propias costumbres la disciplina indispensable a la moralizacion de sus hijos. Estos reciben entónces desde temprano sujestiones que los impulsan a la pereza, a la mentira, al engaño, a los placeres viciosos, etc.

Se comprenderá fácilmente que no se puede esperar del liceo que forme un corazon moral a un niño que crece en tales condiciones domésticas. Pero aun mas. Cuando la falta de los padres consiste sólo en carencia de actividad para cooperar a la accion del liceo se halla ésta mui léjos de lograr la eficacia que alcanzaria con la ayuda del hogar.

En seguida viene la accion del mundo social. La sociedad forma un conjunto de círculos que se entrecruzan i que obran de diversas maneras sobre el individuo: ya lo mantienen sano de cuerpo i alma si en el grupo impera la pureza de costumbres, la seriedad en los negocios, etc.; ya lo embriagan i pueden precipitarlo a un abismo si el grupo no significa mas que una liga para el goce. Dependerá del

lastre moral con que lo hayan lanzado al mundo sus padres i maestros que el jóven dirija con éxito la nave de su persona, en medio de estos remolinos. Esta fuerza moral que haya adquirido, junto con los ideales que vayan esbozándose como divisa de su vida, afirmarán su criterio para elegir los círculos que le convengan. Bien puede acontecer que el jóven no tenga mucho donde elegir, i entónces los grupos que se presentan como los únicos entre los cuales ha de vivir, lo tomarán en su engranaje i le infiltrarán sus ideas i costumbres, cualidades i vicios. En este grado el hombre no practicará lisa i llanamente las reglas de conducta que le hayan inculcado el hogar i la escuela. No lo hará por temor de parecer raro, pensará que aquellos principios son demasiado teóricos, i preferirá transijir con lo que hacen los demas. Este fantasma intanjible de «Los demas» o de «o de lo que hacen los demas», es la justificacion de todas las debilidades, es la espresion de esa especie de vacío moral que se imaginan i toman con horror los espíritus pusilánimes cuando se trata de llevar a cabo un acto de independenciamoral. Es sin duda tambien la manifestacion de una opinion dominante que, buena o mala, constituye una fuerza ética capaz de neutralizar algunas veces la accion de los institutos de educacion.

Estas consideraciones nos permiten ver que no es justo señalar a los liceos como los culpables de la crisis de moralidad porque hemos pasado o estamos pasando. Ellos han sido hasta ahora en la medida

de lo posible verdaderos institutos de reforma social. El breve análisis que acabamos de efectuar ha puesto en claro que además de los liceos, existen otros poderosos órganos que, neutralizando la acción exclusiva de aquellos, contribuyen a informar la moralidad social.

Se podría decir que los institutos de educación son como oasis en el medio del desierto, i no cabría imputarles responsabilidad por que algunas plantas cultivadas por ellos i destinadas a aumentar la extensión de los terrenos fértiles se marchiten i perezcan en la abrasada intemperie de los arenales sociales.

II

Nos toca entrar ahora a examinar la tendencia utilitaria en la educación.

Ante todo debo recordar que dije en mi primera conferencia que era indiscutible la imperiosa necesidad que tenemos de promover nuestro desarrollo industrial i comercial; que yo no había pensado en poner en dudas la bondad de estos fines, sino que venia a criticar los medios que se señalaban para alcanzarlos.

Se ha sostenido, pues, que los establecimientos de educación jeneral debían preparar a los jóvenes especialmente, para la vida industrial i económica. De que no lo hagan como los defensores de esa tesis lo desean se formulan cargos contra dichos institutos.

Así se dice: «Nuestra raza, en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolucion i en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que recibe, vigorosa en la guerra i medianamente apta en las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones que exige la vida industrial.

«Aunque las atrasadas ideas que aun dominan en el campo de la educacion mantengan vivas entre los educacionistas las ilusiones de Spencer, que la ciencia ha quebrantado seriamente, los programas i los métodos de la instruccion, aceptables como preparacion para las carreras liberales, son completamente inadecuados como preparacion para la vida industrial.»

«La incapacidad económica del chileno es relativa; se refiere sólo a la vocacion i a las aptitudes para la actividad fabril i manufacturera i deriva del estado social i de la educacion monstruosamente absurda para ese estado que recibe.» (Encina Obr. citada páj. 140).

«Si a esta ausencia de preparacion técnica se agrega la falta de vocacion por el trabajo..... se comprenderá en qué condiciones empieza a pelear la jornada de la vida el muchacho que termina humanidades.»

Estas palabras son el resultado de dos errores: de creer que los establecimientos de educacion jeneral deban preparar a sus alumnos para ganarse la vida i adiestrarlos particularmente en algun jénero determinado de actividad útil.

De estos errores tambien proviene que no se haya

visto que la falta de actividad industrial deriva, no de la educacion que los jóvenes reciben en nuestro pais, sino de la que aun no reciben, de la carencia de institutos de instruccion especial, industrial, etc.

Los liceos no ponen una singular predileccion en adiestrar para la actividad económica e industrial como no la gastan tampoco respecto de ninguna propina u oficio determinado. Aprenden i saben de sobra los niños que lo primero es ganarse digna i honradamente la vida a fin de no convertirse en un parásito social.

Que mas tarde ingresen preferentemente a las escuelas de carreras liberales i no se aventuren a implantar una industria o a abrir una casa de comercio, significa un hecho del cual no tienen la culpa los liceos. La razon de esta corriente se encuentra, por una parte, en las dificultades que ofrece toda empresa nueva, en los capitales que exige i en la preparacion técnica que requiere, i, por otro lado, en las grandes facilidades con que abren ampliamente sus puertas, las escuelas de profesiones liberales. Agréguese a esto último la preocupacion social aun bastante poderosa que estima los pergaminos profesionales como credenciales de supremo valor social. Es de advertir que los liceos no estimulan esta preocupacion sino que lo combaten en cuanto pueden.

Si en vez de las facilidades de que hablamos existieran ciertas trabas saludables para ingresar i seguir en las escuelas de derecho i medicina, obtendríamos un cambio de rumbos sociales con mas se-

guridad i con ménos perjuicio que haciendo de los liceos colejos industriales. Esas trabas podrian consistir por una parte en el establecimiento de un curso de humanidades superiores de dos o tres años, dotado de bifurcaciones especiales, que debieran recorrer los aspirantes a títulos de abogado i médico. Con esta medida ganaríamos de dos suertes: aumentando la cultura superior i disminuyendo el número de profesionales parásitos.

Por otro lado, cabria exigir, como en todas las universidades del mundo, un derecho de matrícula. Este recurso puede parecer poco simpático i talvez injusto porque se presta a que se le tome como favorecedor de los ricos. Pero, si se considera necesario, seria posible fundar becas o reconocer exenciones de derechos para los pocos alumnos que siendo realmente distinguidos i sobresalientes carezcan de recursos. Las escuelas de matemáticas deberian quedar exentas de estas trabas porque suministran profesionales de los cuales hai aun gran necesidad en Chile para el desarrollo en tantos sentidos de su cultura material.

Si al mismo tiempo que se colocan esas vallas en las sendas que han formado los caminos reales de nuestra juventud, abre el Estado por medio de institutos especiales nuevas vías a la vocacion económica, podríamos alcanzar mas actividad industrial siempre que no faltaran capitales. El ingreso a estos institutos podria ser estimulado por medio de becas,

viajes de estudio i otras facilidades que los economistas sabrán encontrar.

En cambio, pretender estimular la actividad económica por medio de la acción exclusiva de los liceos constituye una de esas ideas que se suele sostener mientras no se piensan bien en sus detalles.

Dejemos primeramente a un lado dos posibilidades que, según parece, no entran en los planes de los corifeos del nuevo movimiento. La enseñanza industrial no ha de ser materia de nuevas asignaturas especiales, porque esto podría conducirnos a algunos absurdos. En los liceos del norte habría por ejemplo que hacer estudiar minería i salitre, i en los del sur, ganadería i explotación de maderas. Tampoco es posible que se deslice esa enseñanza en alguna de las asignaturas de los actuales programas.

Después de estas dos eliminaciones, no resta más camino para alcanzar el resultado que se persigue que infundir espíritu industrial a toda la educación general. Pero, en el mejor de los casos, si no ha de ser ese un espíritu vago o una mera fraseología, debería constituir una acentuación, una determinación concreta que se daría a las lecciones morales i cívicas. En ambas eventualidades no se llegaría a otra cosa que a bastardear el carácter de la educación general sin provecho positivo alguno.

La educación general prepara al joven para emplear su vida en una actividad honrada, que el instituto profesional ha de especializar i no el liceo.

Por otra parte, para llevar a la práctica la activi-

dad industrial, no bastan la buena voluntad i el entusiasmo en este sentido, ni siquiera la conviccion de que se trata de asegurar el porvenir nacional. Para conseguir que una instruccion industrial dé resultados, es menester proceder en vista de planes mui bien formados i con instalaciones técnicas especiales, segun la industria determinada que quiera enseñarse. Una instruccion sobre las industrias en jeneral carece de eficacia.

No nos engañemos, pues. Es quimérico tratar de impulsar el desarrollo industrial haciendo a un lado factores como la escasez de capitales, el alto interes del dinero i la carencia de escuelas técnicas especiales. No nos olvidemos de que Enrique IV i Colbert no modificaron los programas de los colejos de los jesuitas i jansenistas para hacer jerminalar en el suelo entónces inculto de Francia las industrias que le trajeron riqueza i poder.

Buscar el remedio del mal que nos preocupa sólo en la reorganizacion utilitaria de los liceos, es perseguir la estincion de nuestra cultura intelectual sin conseguir en cambio el florecimiento industrial tan deseado i necesario; es arrancar de manos del Estado, para entregarla a empresas particulares, esa funcion primordial de civilizar por medio de la mejor orientacion de las almas jóvenes. Laminar la edad de ensueño i de ideal de la juventud en el yunque de la utilidad para que produzca económicamente pronto, es tan insensato como arrancar de los árboles las flores para que venga mas luego el fruto.

III

Por último, pasamos a ocuparnos de los conceptos fundamentales que informan la enseñanza secundaria.

Veamos primeramente lo que ocurre a este respecto en Alemania, Francia i Estados Unidos, sin entrar en detalles de organizacion i sólo examinando rasgos jenerales.

En Alemania hai tres tipos de establecimientos que gozan del privilejio de otorgar certificados de madurez para ingresar a las facultades universitarias.

Estos Institutos son: el Jimnasio, el Real-Jimnasio i la Escuela Real Superior (Oberrealschule). Constan de nueve años de humanidades i tres de preparatoria, es decir, tienen tres años mas de estudios que nuestros liceos. Estos equivalen sólo a una escuela superior (Real Schule), que cuenta con seis años de estudios humanistas i cuyo certificado final no habilita para ingresar a ninguna facultad universitaria.

Los ramos que se enseñan son: aleman, latin, griego, frances, ingles, historia, jeografía, matemáticas, ciencias naturales, relijion i los llamados ramos técnicos. En los gimnasios se da mas importancia al latin i al griego i escepcionalmente se estudia inglés. En los Reales Jimnasios la importancia pasa a las lenguas vivas, se mantiene el latin i disminuye el estudio del griego. En las Oberrealschules aumenta

el número de horas consagradas a las matemáticas i a las ciencias naturales. El latín i el griego fueron en un principio completamente suprimidos; pero en vista del derecho que se les ha otorgado a estos institutos, de poder enviar alumnos a las universidades se ha restablecido en parte el estudio del latín, porque se ha observado que sin esta disciplina no se pueden seguir los cursos de la mayoría de las facultades de las Universidades alemanas.

La enseñanza secundaria alemana es objeto de muchas críticas. Son el blanco de ellas especialmente los gimnasios que han sido llamados a veces «Gimnasios asesinos». Se les enrostra que recargan la mente de los jóvenes con estudios desprovistos de todo valor educativo, que dan una enseñanza demasiado enciclopédica, que oprimen las iniciativas i no estimulan el desarrollo de la personalidad.

Mirando de cerca las cosas, me pareció notar que estas críticas eran en no pequeña parte exajeradas. Por otro lado, se les censura a los establecimientos mencionados que no comprendan aun en sus programas ciertos ramos, como ser historia del arte, filosofía i biología.

Pero nunca encontré que los descontentos lamentasen que las escuelas secundarias no prepararan a sus alumnos para ganarse la vida ni que se hiciera mencion ni una sola vez de la necesidad de reducir los nueve años de humanidades.

¿Estarán destinadas estas escuelas talvez a una

minoría escasa i en este hecho estriba el motivo de que puedan seguir una orientacion desinteresada?

Nó. El número de establecimientos de instruccion secundaria en Alemania es mas o ménos de 1,250, cifra mucho mayor que la de nuestros liceos, no sólo en si misma sino proporcionalmente a nuestra poblacion. El imperio Aleman cuenta con una poblacion veinte veces mayor que la nuestra; nuestros liceos alcanzan a 40; proporcionalmente, Alemania deberia contar con 600 a 700 institutos de segunda enseñanza. Tiene aproximadamente el doble; es decir, hai en aquel pais un número dos veces mayor que entre nosotros de planteles en que se educa persiguiendo los ideales de una cultura humana desinteresada i sin enseñar a garnarse la vida.

Esta importante tarea,—permítaseme la digresion,—se ejecuta por otro lado en las numerosísimas escuelas especiales que funcionan en Prusia i en los demas estados alemanes. En primer lugar, encontramos las que sirven para los jóvenes que sólo han pasado por la Volksschule. De esas hai unicamente en Prusia 1,804 escuelas industriales con 250.302 alumnos, i 334 escuelas comerciales con 40.000 alumnos. Son de las mas variadas especies: de bosques, de metales, de elaboracion de maderas, de industrias textiles, de cerámica, de fabricacion de herraduras, de navegacion, de navegacion interior, de fabricacion de azúcar, de cultivo de las vides, jardines i árboles frutales, de lechería i economía doméstica, etc., etc. En seguida, hallamos las escuelas que exigen para ingre-

sar a ellas una cultura superior a la que se alcanza en la Volksschule, i que podríamos denominar escuelas técnicas secundarias (die mittleren Fachschulen). De estas funcionan en Prusia cerca de 20 industriales, 5 comerciales, 18 agrícolas i 7 de artes i oficios. Por último se deben mencionar las escuelas técnicas i comerciales superiores i las academias para ramos mui especializados, como ser de bosques, veterinaria, etc.

* * *

Volvamos ahora a lo que ocurre en Francia en materia de instruccion secundaria.

En cuanto a los años de estudio tenemos cuatro de preparatoria i siete de humanidades.

En lugar de enumerar los ramos de estudio diré como están agrupados los cursos. Las humanidades se dividen en dos ciclos: el primero comprende cuatro años i el segundo tres. En el primer ciclo se distinguen dos secciones. En una, fuera de los ramos comunes a las dos, se insiste en el latin a título obligatorio, i a su lado se estudia el griego facultativamente. En la otra, en la cual no se ocupan ni del latin ni del griego, se da mas desarrollo a la enseñanza del frances, de las ciencias, etc.

En el segundo ciclo se ofrecen cuatro agrupaciones, a elejir, que, en atencion a los ramos que en ellas predominan, se designan de la manera siguiente: 1.^a Latin-griego; 2.^a Latin-lenguas vivas; 3.^a Latin-ciencias; 4.^a Ciencias-lenguas vivas (sin latin).

Ademas de las asignaturas nombradas i de las que son comunes a nuestros programas se estudia moral en las clases de cuarta i tercera (tercero i cuarto año) i filosofía en el séptimo año que se llama *clases de filosofía i matemáticas*.

La relijion no figura en los programas; pero el que manifiesta la voluntad de estudiarla recibe un profesor segun sus creencias. Al niño católico se le pone un sacerdote católico, al protestante, uno protestante i al judío, uno judío.

Los honorarios de estos profesores no se hallan comprendidos en la pension ordinaria i deben pagarlos *extra* los alumnos mismos.

Los programas de 1902, que acabamos de examinar en sus líneas jenerales, no han dejado satisfechos a un buen número de profesores i a una gran masa del público ilustrado. ¿Quiénes son los descontentos con el actual estado de cosas? ¿Acaso los utilitarios ya que en esos once años de estudio de los liceos no figura un sólo ramo que prepare para ganarse la vida? ¿Acaso los hombres de ciencia que ven que de cuatro agrupaciones se encuentra sólo una consagrada preferentemente a los estudios científicos?

Ah nó! A ningun utilitario se le ha ocurrido pedir que en los liceos se enseñe a ganar dinero i los hombres de ciencia nada dicen de que el estudio del latin ocupe un lugar tan importante en las humanidades. Los descontentos son los hombres de letras, los latinistas mismos que sostienen que aun no se

estudia todo el latín necesario para el mantenimiento de la cultura que es una gloria nacional de la Francia. Los defensores de las humanidades clásicas han formado la Liga de los Amigos del Latín, bajo la presidencia del célebre Anatole France, i llevan a cabo una campaña tenaz en defensa de sus ideales. En la encuesta que han organizado han salido votos favorables al latín de toda clase de hombres, hasta de ingenieros, comerciantes i negociantes. He aquí uno de los testimonios citados.

Se preguntaba a M. Bauer, distinguido químico vienes, cual era su opinion sobre las aptitudes científicas de sus alumnos i se esperaba que prefiriese a los que venian de la *Real Schule* i no a los que hubieran estudiado en un Gimnasio. «De ninguna manera, respondió M. Bauer, mis mejores alumnos vienen de los gimnasios clásicos: sus espíritus están mas cultivados. Dadme un estudiante que haya aprendido su gramática latina, i yo respondo de él por lo que toca a la química».

Es claro que no habrá que tomar mis palabras como un alegato en pro del latín. No tienen tal sentido por ahora. Este asunto reclamaria capítulo especial. Se trata sólo de hacer ver cual es la preocupacion capital en materias de educacion jeneral en un pais tan dado a las industrias i al comercio como Francia.

*
* *

Pasemos el Atlántico i vamos en postrer término a ver lo que sucede en los Estados Unidos de Norte América.

«Si el hijo de una familia acomodada, dice el profesor Münsterberg en su libro *The Americans*, ha avanzado en sus estudios, de acuerdo con el esquema normal, habrá entrado a la *primary school* a los seis años de edad, a la *grammar school* a los diez i a la *high school* a los catorce. Así habrá completado un curso de doce años en las escuelas públicas. Entra en seguida a los dieciocho años cumplidos al *college*, i tan pronto como ha pasado sus otros cuatro años de los cursos del *college* ingresa a la Universidad». Si estudia medicina, por ejemplo, i es alumno de la Universidad de Harvard, lo esperan aquí otros cuatro años mas, i será médico a los 26, si no ha perdido un solo año i ha empezado a estudiar a los seis.

No olvidemos, pues, que entre los prácticos norteamericanos, el jóven necesita estudiar dieciseis años ántes de poder ingresar a la Universidad, i si no contamos el *college*, son de todas maneras doce años de cursos pre-universitarios. El jóven chileno estudia sólo nueve.

La *high school* equivale a los cursos superiores de nuestros liceos.

«El desarrollo de la *high school* pública constituye

uno de los hechos mas notables de los progresos realizados en los primeros años de la nueva centuria». (1) En 1900 habia aproximadamente 6,005 *high school* públicas; en 1910 esa cifra habia subido a 10,213. Los alumnos de ellas eran en 1900 mas o ménos 519,251 i en 1910 el número habia aumentado a 915,061.

Para conocer el valor de estos guarismos es conveniente conocer al mismo tiempo qué ramos se estudian con predileccion en los establecimientos nombrados. El citado *Report* trae el cuadro que a continuacion insertamos. En él se halla señalado el número de alumnos que, entre mil, han estudiado las asignaturas que se indican.

(1) Survey of educational progress (1900-1910) en el *Report of the Commissioner of education*, 1911, I.

RAMOS	AÑOS I ALUMNOS	
	1900	1910
Latin	499	495
Griego	36	13
Frances	107	117
Aleman	160	236
Algebra	557	569
Jeometría.....	273	308
Trigonometría	25	22
Astronomía	29	9
Física.....	182	148
Química	79	71
Jeografía física.....	224	191
Jeología	39	14
Fisiología	263	158
Zoología.....	78
Agricultura	163
Economía doméstica.....	41
Psicología.....	30	13
Retórica	397	566
Literatura inglesa.....	439	570
Historia jeneral.....	384	556
Gobierno civil.....	206	160

No se puede negar que este es un cuadro interesante. Desde luego salta a la vista que debe reinar cierta libertad desordenada en los estudios de la *high school*. Tenemos en seguida que va en aumento el favor de los estudiantes para las disciplinas literarias

i de cultura jeneral, como ser la literatura inglesa, la retórica i la historia. El latin conserva el número de sus amadores. Ademas cuentan con crecida asistencia las clases de álgebra i de jeometría.

Para apreciar justamente el valor de estos estudios desinteresados, debemos considerar tambien que a la *high school* no concurre una que pudiera llamarse escasa minoría en comparacion con la poblacion de nuestros liceos. Es, al contrario, proporcionalmente tres veces mas grande que esta. En líneas anteriores hemos visto que en 1910 las *high schools* públicas contaban con una matrícula de 915,061 alumnos. La poblacion de los Estados Unidos era ese mismo año de poco mas de noventa millones de habitantes; la nuestra es de tres millones i medio. Si nuestros liceos contaran proporcionalmente con la misma cantidad de alumnos que las *high schools* públicas, deberian tener una matrícula de 30,000 niños mas o ménos: sólo acuden a sus aulas diez mil.

Esto significa que si nosotros gastamos cierta cantidad de esfuerzos para dar una educacion humana jeneral, los norte-americanos, a pesar de su practicismo, gastan en proporcion tres veces mas.

*
* *

—¿Qué nociones, qué ideas directrices se nos enseñan teóricamente sobre la educacion jeneral en los paises cuyas instituciones de enseñanza acabamos de examinar rápidamente?

No presentaré gran acopio de doctrina porque este procedimiento no cuadraría a la concisión que exigen los límites de esta conferencia. Me contentaré con citar algunos hechos característicos.

A poco de haber llegado a Berlin el año pasado, visité al profesor de la Universidad doctor Wilhelm Münch. Iba a solicitar sus opiniones sobre diversos problemas de pedagogía que llevaba cuidadosamente clasificados en un cuaderno de notas. Mis puntos de consulta los había fijado yo en Chile i se hallaban naturalmente influenciados por algunas de las preocupaciones que han predominado en nuestro país. Entre esas cuestiones ocupaba un lugar importante la de si los liceos debían preparar a sus alumnos para ganarse la vida. Muchas páginas en blanco estaban listas en mi cuaderno esperando los dictámenes de los sabios alemanes, que habrían de formar la sustancia de un interesante capítulo sobre el particular. Formulé la pregunta del caso al doctor Münch, i el sabio profesor me contestó riéndose:—«Pero, señor, nadie piensa ya en que los establecimientos de instrucción secundaria den a sus alumnos una educación práctica que los habilite para ganarse la vida. Su misión es otra; es el desarrollo armónico de las facultades dentro de la cultura humana jeneral. Por otra parte, son escuelas que preparan para ingresar a los institutos superiores científicos, profesionales o técnicos».

Me sentí algo corrido i no volví a interrogar a ningun pedagogo sobre la materia.

Algunos días más tarde leí las siguientes líneas que tienen relación con nuestro asunto. Pertenecen a un discurso pronunciado por Richard Hertwig, rector de la Universidad de München.

«Son de doble naturaleza, dice Hertwig, las exigencias que debemos imponer a nuestras escuelas si queremos que ellas sean verdaderas portadoras de una cultura general i no establecimientos de preparación para especiales actividades (*bestimmte Fächer*). Primero: Las escuelas deben educar, de tal suerte a nuestra juventud, que sus cualidades corporales i espirituales alcancen una plenitud armónica. Este es el antiguo ideal griego de la educación, la educación de hombres libres. En segundo lugar deben nuestras escuelas comunicar aquellos conocimientos i representaciones que permitan al joven entender i tomar parte en los movimientos espirituales de su tiempo» (1).

El Ministro de Instrucción Pública de Francia decía al presidente de la Comisión de Enseñanza de la Cámara de Diputados en carta de Enero de 1902 lo siguiente: «Pero la virtud social de la enseñanza reside ménos en los programas i en los métodos que en la *educación*. El maestro deberá, pues, imponerse como primer deber desarrollar las cualidades intelectuales i morales que estimulan la iniciativa individual, hacen los espíritus justos i libres, las con-

(1) *Biologie und Unterricht Internationale Wochenschrift*, 15 Julio 1911.

ciencias rectas i las voluntades fuertes. Sólo de esta suerte cumplirá con su tarea i preparará al hombre i al ciudadano».

En Paris asistí al curso de pedagogía que el ilustre sociólogo M. Dürkheimn daba durante el semestre de invierno en la Escuela Normal Superior.

En una de las lecciones se trató de cuál era el fin de la educacion jeneral i el profesor contestó que no podia ser otro que el de conocer *la realidad*. Para conseguir este objeto, agregó, nos sirven las ciencias físicas i naturales i la historia. Las primeras constituyen nuestro mas seguro medio de conocer la naturaleza, i la segunda es el mejor guía de que disponemos para instruirnos sobre el hombre. La humanidad no es una e invariable; ha cambiado i cambia en el tiempo i en el espacio; i sólo podemos decir que sabemos algo de ella cuando la hemos contemplado en todo su proceso evolutivo.

Palabras igualmente desprovistas de todo sentido utilitario resuenan tambien en los Estados Unidos cuando se habla de la educacion jeneral.

En el número i en el artículo ántes citado del *Report* encontramos las siguientes espresiones:

«En los últimos años muchas críticas se han hecho a las escuelas por su falta de educación práctica. Mucho de este criticismo ha sido justo; pero lo mas práctico de la vida no es ganar dinero ni aun siquiera la habilidad en los negocios o la destreza para algun oficio (*skill in a trade*). Es menester recordarle frecuentemente al pueblo americano que, al

lado de esta educacion práctica para los ordinarios deberes de la vida, es necesario tomar en cuenta aquella inspiracion i cultura que deriva de un conocimiento íntimo de los ideales, aspiraciones i sabiduría del espíritu *at its best*. Necesitamos especialmente ver i entender que sólo haciendo que los comunes deberes de la vida,—que son siempre tan importantes,—sean utilizados i sirvan para los reales propósitos de la existencia, no erraremos el camino. Es de esperar, pues, que junto con enseñar a los jóvenes i a los niños la dignidad del trabajo i adiestrarlos para que desempeñen hábilmente algunas de las importantes obligaciones de la vida, los maestros sepan elevarse al alto punto de vista que los habilitará para aprovechar esta obra en favor de la sabiduría i de la virtud.»

«Aun los utilitarios, dice Münsterberg, (1) empiezan a entender que está mejor preparado para la lucha aquel que basa su profesion en los mas amplios cimientos, aquel que principia, por consiguiente, con la especializacion lo mas tarde posible.»

«Se sabe que el *college* es una institucion de oríjen ingles. Constituye un curso de cuatro años en el cual se da especial importancia a las lenguas clásicas, a la filosofía i a las matemáticas, un curso que hasta los veinte años mas o ménos mantiene a un jóven en contacto con las bellas artes i las ciencias sin ningun pensamiento de un aprendizaje práctico

(1) The Americans.

para ganarse la vida. El *college* es ante todo un lugar destinado al desarrollo i pulimento del carácter personal, un lugar donde el jóven americano pasa los mas intensos i felices años de su vida, donde todo es amplio, libre i luminoso.»

*
* *

Por mas amplia que sea la escuela secundaria no abre sus puertas a la masa jeneral de la nacion i de aquí resulta una circunstancia que contribuye a darle determinado carácter.

En Alemania esa enseñanza se distingue a este respecto por su índole aristocrática i burguesa, que se manifiesta no sólo en el hecho de que sea pagada, sino en la falta de conexión que hai entre la *Mittelschule* (liceos) i la *Volkschule* (escuela popular). El muchacho que ha terminado sus estudios en la *Volkschule* no puede ingresar a la sesta (primer año de humanidades) de una *Mittelschule*. Debe pasar forzosamente primero por la *Vorschule* (preparatoria); pero como se encuentra demasiado crecido para esto, renuncia a hacer estudios humanistas e ingresa a las clases iletradas. Esta es la suerte reservada a los hijos del pueblo por mas talento que posean: situacion injusta que ha hecho esclamar a los mas descontentos que la escuela primaria no es escuela del pueblo sino de pobres.

La instruccion que dan los liceos en Francia se

halla animada asimismo por cierta restriccion burguesa.

En los Estados Unidos toda la organizacion escolar está calculada para que suban a los establecimientos superiores las individualidades dotadas de mayor capacidad desde las mas bajas capas del pueblo. Existe un engranaje bien calculado entre todos los órdenes de enseñanza, de manera que naturalmente se puede ascender de uno a otro.

Aquí hallamos un modelo que contemplar. Dentro de la necesaria division del trabajo social tiene que existir una clase superior; pero ésta no se forma únicamente con las células apergaminadas de la sociedad, sino con todos los elementos que por su valor espiritual llegan a constituir una aristocracia de la cultura. Esta se presenta así como una clase fuerte que sabe robustecerse sin cesar con la savia de todo el organismo social, como el Anteo de la leyenda que, al ser derribado en sus luchas heroicas, tomaba nuevas fuerzas al contacto de la madre tierra.

No olvidemos al establecer los conceptos que nos deben guiar que nuestra educacion jeneral en su grado mas alto la recibe sólo una escasa minoría i que la inmensa masa de la nacion forma un conjunto de fuerzas sociales que se pierden por ignorancia e incultura, por falta de educacion moral i cívica, técnica i especial. Aquí debemos aplicar el fuego de nuestros entusiasmos económicos i apresurarnos a dotar al pueblo de las capacidades de que aun carece.

Que insistamos en la preparacion económica i técnica del pueblo, no quiere decir que las clases selectas se han de componer de miembros parásitos. Deseamos que a esa que hemos llamado aristocracia de la cultura le dé su educacion moral un concepto de la vida en que el trabajo justo i sano se presente como un fin necesario i no como una condenacion que se deba sacudir cual pesado fardo.

No olvidemos tampoco que, como es bueno que suceda, la educacion la da principalmente el Estado, que ha de cultivar en cada hombre no sólo lo que es propiamente individual sino ademas las facultades i virtudes del ciudadano, del miembro útil de una colectividad. De esta suerte el Estado se prepara coadyuvadores que lo ilustren i empujen en la realizacion de su mision social, i los establecimientos de instruccion, principalmente en sus grados superiores, revisten el carácter de institutos de reforma, en que se enseña a conservar lo bueno, a estirpar lo malo que la sociedad posee i a discurrir sobre lo mejor que necesite.

Esta contemplacion de la educacion desde el punto de vista del Estado es importantísima porque al fin i al cabo significa la mira mas completamente social que cabe elejir.

Es claro que el Estado no es la misma cosa que la nacion i la patria, como Alejandro no forma por sí solo las huestes vencedoras de Granico, ni O'Higgins las de Chacabuco. Pero cuando la nacion i la patria logran solidificarse en órganos colectivos que

sirven para espresar la voluntad jeneral se llega a la constitucion del Estado. La nacion i la patria son forzosamente representaciones de contornos vagos, pero que echan al mismo tiempo en el seno de los sentimientos hondas raices. El Estado es como la personificacion jurídica de estas ideas i sentimientos. Hablamos de amor a la patria i el calor propio de este término de pasion impide unirlo a la frialdad característica de la nocion de Estado i nuestros labios no modulan el amor al Estado. Pero es inconcebible un acto de amor a la patria que resulte simultáneamente en desmedro de la entidad que es la mas amplia expresion del interes comun.

Deseamos que el jóven de la aristocracia moral e intelectual, el jóven perfecto con que soñamos, encuentre en el amor a la patria i al ideal una fuente segura en que aplacar sus mejores anhelos; que halle en esos afectos un hondo estímulo para trabajar en su propio perfeccionamiento i en el de los demas. Si su actividad económica ha de ser primordial, no ha de embargar, empero, todo su espíritu. Nunca es mas grato el hogar, nunca es mas fiel el esposo que cuando están cubiertas las preocupaciones económicas por los halagos del amor i de la belleza, que cuando la humanidad alienta en la benevolencia mútua, en el cariño a la servidumbre, en los libros de la biblioteca, en los tesoros de arte i en la música. Así para amar mas a nuestra tierra i a nuestra jente, dotemos siquiera a una minoría de la facultad de incrementar la cultura, i démosle la posibilidad de dis-

frutar, sin pasar las fronteras, de los goces de las ciencias i de las letras.

La juventud que nos preocupa ha de resolver no sólo problemas económicos, sino ademas cuestiones sociales, políticas, religiosas e intelectuales.

Para que proceda en ellas con carácter sano, con criterio elevado i de la manera mas conveniente para el desarrollo amplio, integral i sólido de la nacion, es menester darle a esa juventud una educacion jeneral completa.

Sobre un firme cimiento de cultura moral, cívica e intelectual levantará su carácter i su personalidad. Creemos que han de ilustrar el criterio de los educandos, como hitos fundamentales, las ciencias inductivas, la historia i la lengua maternal. Ya hemos visto anteriormente cual es el destino de las dos primeras disciplinas. En nuestra lengua tenemos un inagotable rejistro en que descansan i esperan nuestro toque para convertirse en espíritus alados las mejores notas del alma de la raza; poseemos en ella un envidiable instrumento de union que nos hace en cierto modo ciudadanos de una patria inmensa cuyos lindes estriban en los Pirineos, en California i en el Cabo de Hornos. Aquí descansa uño de los secretos del valor i del porvenir de nuestro idioma que debemos cultivar como un órgano precioso, i cuidar con teson i cariño para hacer de él en el olimpo del verbo internacional una deidad de primer orden. Las disciplinas nombradas culminarán en una filosofía i en una sociología que enriquecerán la mente del jó-

ven con los mas seguros conceptos de la vida i de la conducta.

*
* *

Hemos llegado al fin de nuestro ensayo.

Me complazco en reconocer que deben seguramente movernos iguales anhelos a los que defienden una educacion utilitaria i económica i a los que queremos una educacion integral i armónica: el anhelo del engrandecimiento nacional. Pero me ha incitado a hacer este estudio la conviccion profunda de que aquellos propósitos son incompletos i el temor de que, al llevarlos a la realidad, trajeran consigo una mutilacion de nuestra cultura.

Si las diferencias que nos separan resultan, no obstante, despues de esclarecidas algunas espresiones, no ser de fondo, nos uniremos unos i otros como Temístocles i Arístides ante los bárbaros. I en este bello suelo,—cuyos mares de costas roqueñas hacen soñar con el Ejeo, donde el clima evoca el Atica con sus brisas tibias, donde las montañas recuerdan el Parnaso i el Laurion, donde aun se ostentan Acrópolis mas altas que la inmortalizada por Fidias,—nos esforzaremos juntos porque esta colectividad florezca llevando en sus alas a la par su riqueza i su luz espiritual; florezca como una nueva Atenas de trabajo, de ideal de justicia i de verdad.





POST SCRIPTUM

SUMARIO

- I. La obra de don Luis Galdámes «Educacion intelectual i educacion económica».
- II. El primer Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria.

Desde que dije mis conferencias hasta el momento de su publicacion han ocurrido dos hechos, de los cuales debo tomar nota porque tienen relacion con ellas. Han salido a luz los discursos pronunciados por mi colega don Luis Galdámes para rebatir algunos de los conceptos sustentados en mis conferencias, i se ha verificado el primer Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria.

I

He leído con placer i detenidamente el interesante volúmen del señor Galdámes que ha aparecido con

el título de «Educacion económica e intelectual». He leído hasta la *Lista alfabética de autores citados*, donde se ve que mi laborioso colega ha consultado detenidamente en veinte días mas de cien escritores diferentes.

Mui pocas pájinas ocupa el exámen de las opiniones vertidas por mí, i que merecian reparos al señor Galdámes. El grueso del libro está dedicado a la crítica de nuestros métodos de enseñanza, i a la defensa i esposicion de las doctrinas de la educacion económica.

En pocas palabras, puedo espresar el favorable juicio que el libro me ha merecido i el acuerdo en que me encuentro con muchas de las ideas en él espuestas. Si suponemos que se hubiera invertido el órden en que se han desarrollado estos hechos i nos imaginamos que la obra del señor Galdámes hubiera aparecido al principio, en lugar de habérnosla ofrecido al fin de la controversia, creo que no habria habido polémica.

(La armonía que minuciosamente señala entre la educacion intelectual i la económica, nadie puede negarla. Que se quisiera hacer predominar una educacion puramente intelectual en el grado jeneral de la instruccion, seria señalar un fin incompleto a la enseñanza. Tanto el individuo como la sociedad sufririan de esa hipertrofia intelectual que iria acompañada de atrofia de la voluntad i de los sentimientos.

Entendiendo mal mis conferencias, se me ha pre-

sentado como paladin de una educacion puramente intelectual. Creo no haber incurrido en este injenuo unilateralismo. Por lo demas, ahí están las conferencias mismas que no me dejarán contradecirme impunemente. En ellas tambien se encuentran esbozados ya los rasgos jenerales de una educacion armónica, cuya posibilidad ha demostrado con abundancia de razones i detalles el señor Galdámes.)

(Aceptables son las críticas que hace el señor Galdámes a nuestra enseñanza i a sus métodos. En la forma que él las presenta no son ya bombas lanzadas a derribar todo nuestro edificio docente, sino observaciones atinadas, concretas i fundadas, que deben inducir a razonar a los profesores. Me parece que el mas entusiasta amante de nuestra instruccion no trepidaria en hacer suyas esas críticas, si se lo pidieran. Por mi parte, debo confesar que no me resistiria a suscribirlas, ni mucho ménos, ya que algunas de ellas las he formulado en ocasiones anteriores.) En la primera serie de cursos pedagójicos de repeticion en 1905, se me discernió la no merecida distincion de desarrollar el tema de la Metodolojía de la Historia. Entónces, entre otras cosas, censuré en la enseñanza de esta asignatura muchos de los defectos que el señor Galdámes ha vuelto a indicar ahora.

*
* *

Si las cosas hubieran ocurrido como decia al empezar, i el señor Galdámes hubiera publicado primero su libro, habria sido tambien el señor Galdámes el primero en ganar con ello. Así no se habria visto obligado a incluir en su obra las pájinas que consagra a desvanecer algunas ideas con que fijé los caracteres jenerales de *Nuestra inferioridad económica*. El señor Galdámes se empeña en presentar como infundadas mis aseveraciones de que, como rasgos de esta última obra, cabe indicar, entre otros, el individualismo i el tradicionalismo.

En esta parte contenciosa, por decirlo así, de la obra del señor Galdámes, se echa de ménos la hermosa claridad que, en jeneral, campea en su estilo. Pagó con la oscuridad de algunas pájinas su jenerosa inspiracion de defender toda la obra del señor Encina. Sin este pie forzado, el libro, ya valioso, habria ganado en unidad i en claridad.

Es perceptible, sobre todo, cierta oscuridad en los párrafos relativos al individualismo.

Dice el señor Galdámes que el individualismo de *Nuestra inferioridad económica* no es político, sino psicológico i económico. Desde luego es mui fácil que el individualismo económico caiga en el individualismo político. Por otra parte, decir de una doctrina o de una tendencia que posee un individualismo psicológico, es no espresar nada que la carac-

terice. El individualismo psicológico es comun a las mas encontradas escuelas que se disputan el predominio en la dirección de las sociedades. Ni el socialista de Estado, ni el colectivista, ni el sindicalista piensan que los bienes del nuevo orden social con que sueñan, caigan solos, como hojas de otoño, sobre el sujeto inactivo. Nó; a ellos los anima tambien un marcado individualismo psicológico: el esfuerzo, la iniciativa individual vigorosa entra en sus cálculos como medio para alcanzar el logro de sus aspiraciones, como fin de la vida, por sí solo, i como elemento de la sociedad ideal que han concebido. El individualismo psicológico es, pues, comun a los individualistas propiamente dichos i a los no individualistas.

La diferencia radica en que los primeros, aun para las consecuciones de objetos sociales, ponen principalmente sus esperanzas en el solo esfuerzo personal i en la coordinacion espontánea o en la cooperacion privada de las acciones personales, miéntras que los nó individualistas consideran necesarias ciertas reformas de carácter social i político, implantadas por la autoridad misma para que la actividad individual sea mas plena i fructífera. El anciano invalidado para el trabajo deberia descansar, segun el individualista puro, en los ahorros que su prevision anterior le haya aconsejado acumular. El no individualista recomienda fundar cajas de retiros para que los ancianos pobres e inútiles no yazgan en la miseria, aunque carezcan de ahorros. Permítaseme otro ejem-

plo para manifestar la diferencia que existe entre individualismo psicológico e individualismo político-social, i hacer ver como el primero es comun a todas las tendencias. Supongamos que se trata de la movilizacion de un comerciante o de un industrial de un punto a otro del territorio, no mui distantes entre sí. El individualista puro, si no existen medios de locomocion establecidos, exhortará al viajero a que confíe en sus músculos i en su voluntad, i efectúe el viaje como pueda, a pie, a caballo, en bicicleta. Ademas, esperará que la iniciativa privada venga a subsanar las deficiencias notadas i funde alguna empresa de transporte. El nó individualista exhortará tambien en el primer caso al viajero a que confíe en sus piernas i en su voluntad, i no se arredre por las distancias que ha de recorrer; pero luego reclamará que el Estado construya un ferrocarril que facilite las comunicaciones i evite tantos esfuerzos inútiles que se malgastan. En ámbos casos, es ostensible el mismo individualismo psicológico que tiende a que el industrial o el comerciante despliegue la mayor actividad posible. La diferencia comienza cuando se trata de los medios que se han de poner en juego para alcanzar ese fin. El individualista puro confía principalmente en el esfuerzo personal como panacea única para los problemas sociales. El nó individualista cuenta tambien con este esfuerzo, pero ademas considera necesarias determinadas reformas sociales i políticas, cierta intervencion de la autoridad social. La economía individualista es, si se quiere, mas

heroica i mas hermosa que la economía social; pero es mas primitiva i ménos eficaz. Bajo su imperio se opera un derroche de fuerzas que la economía social evita.

Yo no creo que el señor Francisco Encina, el ilustrado autor de *Nuestra inferioridad económica*, sea un individualista puro i que fuera a asumir la actitud de tal en el anterior ejemplo que he puesto con rasgos quizás algo aumentados. Hoi día es imposible encarar con semejante jesto las cuestiones sociales; las atribuciones del Estado tienden a ensancharse mas i mas, i para todas las dificultades de la vida colectiva se buscan, por lo ménos en el Viejo Mundo, las soluciones que se llaman de *socializacion* (1). Pero he podido decir con razon que uno de los rasgos de la citada obra es el individualismo porque en ella, para los importantes problemas que plantea, no señala como remedio ninguna medida o reforma de carácter social o político. Para alcanzar los fines a que aspira, confia sólo en el mejoramiento de los individuos, logrado por medio de una educacion mas bien inspirada i orientada que la existente. Esto es sin duda mucho i es tambien bello; pero no es todo.

Buscando puntos de comparacion para el individualismo psicológico del señor Encina, llega el señor Galdámes a citar al eminente sociólogo norte-ameri-

(1) Leon Duguit.—Les transformations générales du Droit privé. Conferencias dadas en la Facultad de Derecho de Buenos Aires en Agosto i Setiembre de 1911.

cano Mr. Lester F. Ward. Dice que a este pensador, uno de los primeros de la gran República del Norte, lo anima tambien un vigoroso individualismo psicológico i aduce, en prueba de su aserto, párrafos de la obra *Los factores psíquicos de la civilizacion*; pero este ejemplo es una confirmacion de lo que yo he sostenido, porque Mr. Ward, al mismo tiempo que sustenta ese individualismo psicológico, es un convencido socialista de Estado. En algunos capítulos de la obra recientemente citada i en otros de la *Sociología Pura* i de la *Sociología aplicada*, del mismo autor, resalta con toda claridad ese su carácter distintivo (1). De manera que las doctrinas de Mr. Ward no le ayudan a probar al señor Galdámes lo que él desea. Al lado de Mr. Ward recuerda tambien nuestro autor a otro gran pensador norte-americano, Mr. William James. Este sí que constituye un refuerzo para las doctrinas puramente individualistas.

*
* *

Al ocuparse del tradicionalismo, dice el señor Galdámes cosas mui acertadas i mui sensatas. Nin-

(1) Véanse en *Los factores psíquicos de la civilizacion* los capítulos intitulados: Economía de la naturaleza i de la mente, Meliorismo. Conciencia social; sociocracia; en la *Pure Sociology* el Capítulo XX que trata de la Sociolization of Achievement; i en la *Applied Sociology* el Capítulo XII que se ocupa de Method of applied sociology i el XIII de Problems of applied sociology.

guna persona que posea alguna cultura histórica i sociológica podrá sentirse en desacuerdo con él a este respecto.

Ha sostenido mi distinguido contradictor la misma doctrina que yo sobre la forma en que se efectúan los procesos i modificaciones sociales. En la sociedad nada se improvisa ni se hace de repente. La sociedad, como la naturaleza, no da saltos; o mas bien dicho, no debe darlos si quiere avanzar sin bruscas sacudidas, porque los saltos hácia adelante suelen ir seguidos de saltos hácia atras. Las revoluciones van acompañadas jeneralmente de reacciones. «En la sociedad no se destruye por destruir; se destruye para edificar», espresó mi estimado colega i avanzó en esas proposiciones un principio que ha de encontrar ménos contradictores aun que las ideas precedentes. Es ese un principio tan obvio que llega a ser algo *plat* en los labios de un espíritu cultivado. Pero a todas sus ideas tan exactas sobre las transformaciones i el progreso social, las ha cubierto el señor Galdámes con un un nombre que no les cuadra, con el nombre de *tradicionalismo*. El señor Galdámes salió a defender el tradicionalismo; pero sus propias convicciones lo arrastraron a sostener bajo ese rubro algo mui distinto; conservó el nombre, mas en realidad, espuso i demostró la teoría del *evolucionismo social*.

II

Respecto del segundo punto, me limitaré a transcribir un artículo que escribí para la revista *Juventud*.

Hélo aquí.

El Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria

La labor realizada por este congreso ha sido inmensa i ha superado las expectativas que en él se habian cifrado.

Sus organizadores i todo el profesorado de la República deben sentirse orgullosos de la obra que han llevado a cabo i de las capacidades de que han dado prueba.

Uno de los hechos mas elocuentes que del congreso se ha desprendido es la existencia de un profesorado nacional entusiasta, ilustrado i laborioso. Uno de los temas fijados para las disertaciones de la asamblea se referia a la formacion de la carrera del profesorado. Los profesores se han adelantado a manifestar entre tanto que ellos, por virtud espontánea, existen ya de hecho como educadores, aunque no vivan aun en las condiciones sociales i económicas que la justicia i el progreso de nuestra sociedad reclaman como necesarias. De todas maneras, en diversas conclusiones del congreso se dejó

bien establecido que urge mejorar la situación económica del magisterio, delinear su actividad para que no haga un número excesivo de clases, i alentar su trabajo dándole facilidades i alicientes para el porvenir. Han predominado las ideas de que los profesores no deben ser remunerados por horas, sino por cátedras i deben permanecer adscritos a un sólo establecimiento.

¿Qué tendencias han pesado mas en las deliberaciones i acuerdos del congreso?

Han sido bastante claras i mucho se ha escrito sobre ellas. Se ha insistido en dar a la enseñanza rumbos nacionalistas i económicos. Ninguno de estos puntos de vista es sin duda completamente nuevo i ménos aun el primero. La enseñanza ha sido i ha debido ser siempre entre nosotros mas o ménos nacionalista. Las opiniones vertidas en el congreso contribuirán a acentuar mas este carácter en los programas que pronto han de aprobarse. Saliendo del radio de los estudios mismos una de las conclusiones aceptadas ha venido a señalar, dentro del espíritu nacionalista, un ideal respecto de la selección del personal docente de instrucción secundaria: se ha espresado el deseo de que todos los profesores de este grado sean chilenos.

La tendencia económica no significa, como pudiera creerse, un cambio de frente en la marcha de los

liceos. Se ha lamentado en público una vez mas el hecho de que tengamos muchos letrados, muchos estudiantes de carreras liberales i pocos hombres de accion en comparacion con los que el país ha menester. Aunque los liceos no son los únicos ni los principales culpables de este orden de cosas, el congreso ha puesto sus esperanzas en ellos para llevar su accion modificadora a la instruccion superior i especial, i a la sociedad toda. Se quiere que los liceos propendan a fomentar el amor a la actividad industrial i comercial; pero esta tendencia constituye, como se dijo espresamente, un agregado al carácter fundamental que hasta ahora han investido, de establecimientos de educacion jeneral i científica: deberá insistirse, al lado de la cultura humana, en el aspecto económico i práctico de toda actividad. La importancia que se atribuye a la educacion propiamente humanista, se puso de manifiesto tambien al presentar de nuevo como una necesidad urgente, que fué reconocida por asentimiento jeneral, la creacion de un curso de humanidades superiores. Como prueba del mismo sentimiento debe tenerse igualmente que se hayan aprobado las proposiciones relativas a dar mas desarrollo i amplitud a los estudios de filosofía.

Casi todos los debates se llevaron a término en medio de una atmósfera de cultura, de tolerancia i de respeto mútuo, que podria servir de modelo para

casos análogos. Ese aire sereno no fué óbice para que campearan libremente las mas encontradas opiniones, defendidas con valor moral en el campo de las doctrinas puras. Las escabrosas cuestiones de moral i relijion ajitaron algunas veces una de las principales secciones del congreso; pero cediendo de una i otra parte recobró su tranquilidad ese mar de quinientas almas. Se estableció que infundir el respeto a todas las creencias era un elemento primordial de la educacion del individuo: así se ha reconocido implícitamente que una conciencia sincera es la suprema autoridad en materia de concepciones i sentimientos relijiosos. Se estableció asimismo que, si bien las ideas relijiosas constituyen para muchas personas la base fundamental de su moralidad, hai otras, cuyo número es tambien bastante crecido, que encuentran los guías de su conducta en otros resortes, como ser los sentimientos de solidaridad i cooperacion i demas motivos de ética social.

Memorable fué el debate relativo a la coeducacion en los liceos de hombres. El sistema coeducativo no fué defendido por sus partidarios como algo bueno en sí en absoluto, sino como un ensayo que debe llevarse a cabo aun en nuestro pais i como una medida que viene a satisfacer una honda necesidad social miéntras los estudios de todos los liceos de niñas no se hagan de una manera válida que permita a sus alumnas aspirar a grados universitarios. En estos dos sentidos la opinion del congreso fué casi unánime-

mente favorable a la coeducacion: la aprobó por mas de trecientos votos contra sesenta.

Estas elevadas controversias hicieron que se destacaran no sólo las personalidades de profesores, intelectuales i sacerdotes fogueados en mas de una espiritual batalla. Al lado de ellos brillaron por su ilustracion i entereza algunas damas de nuestra enseñanza i los jóvenes: de sus palabras brotaban no sólo razones i convicciones sinceras; brotaba ademas, —i esto era lo mas grato—vapor de esperanza.

Uno de los frutos que se pueden esperar de los congresos científicos es que algunas ideas maduradas por la reflexion i el estudio de hombres competentes lleguen a modificar i mejorar la realidad social. Esta parte ejecutiva de los acuerdos de los congresos depende mui a menudo de las autoridades políticas i docentes. Por lo mismo no es infrecuente caso que los tales acuerdo queden sólo en el papel como las huellas dejadas por centenares de espíritus que durante varios dias se han abrazado i luchado para dar mayor vida a sus ideales.

Pero aun suponiendo que semejante suerte corrieran todos los acuerdos, no sería este un motivo suficiente para calificar a los congresos de inútiles. Estas reuniones llevan ademas consigo otros valores. Los que a ellas concurren deben estudiar mas que de ordinario, comunican i reciben ideas nuevas, i encuen-

tran corazones ántes ignorados a quienes consideran dignos de su aprecio i simpatía: todo esto intensifica i hermosea la existencia individual i social. De aquí tambien suelen dimanar orientaciones no soñadas i vigor para el porvenir.

Si a esto se agrega que ejecutar muchas de las determinaciones de un congreso depende a veces sólo de la buena voluntad i entusiasmo de sus miembros, se verá con una razon mas que esas asambleas no son inútil aunque las autoridades se hagan sordas a sus clamores.

En este caso se halla el congreso de que nos ocupamos. Aun ántes de que se logren modificaciones en la organizacion docente, en los programas i planes de estudio, pueden los educadores convertir en hechos muchas de las aspiraciones que han resonado con aplausos en las diversas secciones.

Para concluir, recordemos un carácter interesantísimo del congreso i algunas deficiencias que, desde el punto de vista de este rasgo particular, no deben olvidarse.

El congreso asumió a veces las proporciones de una asamblea social nacional. Ha creído tener en sus manos la suerte entera de la patria i se ha disuelto acariciado por la alentadora ilusion de que a nuestra colectividad le va a mejorar su estado presente i a sugerirle las fuerzas que la conduzcan a un gran por-

venir. Sin duda mucho de esto podrá conseguirse; pero no apartemos de nuestra mente la idea de que el congreso, en virtud de su índole misma, ha debido ocuparse sólo de instruccion secundaria i que ésta, por su accion relativamente restricta, no es bastante a producir sola todos los movimientos sociales i políticos que necesitamos para reformarnos.

Trabajemos con amor i fé de apóstoles en moldear noblemente el alma de los miles de jóvenes que van a buscar luz moral e intelectual en las aulas del Liceo; trabajemos en esta empresa casi con ceguera i ternura de padre que llena su espíritu con la personalidad de su hijo; pongamos en esta mision el apasionamiento de un artista que cincela su obra haciendo de ella su mundo que lo absorbe. Mas, para evitarnos desengaños, no dejemos de recordar que dentro de la complejidad de una nacion como la nuestra, existen otros factores que entran el progreso i que reclaman solícita atencion si queremos dar mejores dias a la patria.

Estos factores son, por lo ménos, los siguientes:

La desorganizacion feudal del Estado.

El analfabetismo de las clases sociales bajas.

La falta de establecimientos de instruccion especial, técnica e industrial.





ÍNDICE

PÁJ.

PRIMERA CONFERENCIA

Las críticas a nuestra educacion i las tendencias que las informan

I.—TRADICIONALISMO

- | | |
|---|----|
| I. Valor de la educacion.—Plan de este estudio.—Los exámenes i el bachillerato.—Nuevo sistema de certificados..... | 3 |
| II. «Nuestra inferioridad económica».—Las omisiones en que incurre esta obra.—Sus caracteres jenerales.—Individualismo.—Tradicionalismo.—Diferentes clases de tradicionalismo.—La tradicion en la vida social e individual.—Bajo qué condicion es conveniente lo tradicional..... | 10 |

SEGUNDA CONFERENCIA

II.—EL NACIONALISMO I EL ANTI-INTELLECTUALISMO

- I. El nacionalismo.—El espíritu de nacionalidad en la lucha comercial e industrial.—El nacionalismo i la influencia de civilizaciones estrañas.—El nacionalismo entendido como civismo i espíritu público.—El nacionalismo donde la patria i la raza forman entidades que no coinciden.—El nacionalismo en la enseñanza.—El humanismo i el individualismo epicúreo 39
- II. El anti-intelectualismo.—Nuestra educacion científica.—Su estadò i defectos.—Diferentes clases de anti-intelectualismo.—Críticas a la ciencia.—La necesidad de conocer o voluntad de conciencia.—La ciencia i las aplicaciones prácticas.—La ciencia al lado de la moral i del arte, como alma de la educacion jeneral..... 59

TERCERA CONFERENCIA

III.—LA EDUCACION MORAL.—LA TENDENCIA UTILITARIA.—LOS FINES DE LA EDUCACION JENERAL

- I. La educacion moral.—Críticas.—Influencia moral de la cultura espiritual.—La educacion del placer.—Procedimientos de educacion moral.—Causas que perturban la accion educadora de los establecimientos de instruccion.—1.^a Sus defectos de organizacion: 2.^a La falta de establecimientos para anormales; 3.^a Que los liceos i demas planteles no constitu-

y en los únicos factores de la moralidad; Otros factores importantes: la familia i demas instituciones sociales	77
II. La tendencia utilitaria.—Amenaza bastardear el carácter de la educacion jeneral.— Carece de verdadera eficacia.....	101
III. Los fines de la educacion jeneral.—La instruccion secundaria en Alemania, Francia i Estados Unidos.—Las ideas que la encaminan.—Opiniones de Münch, de Hertwig, de Dürkheim, de Mümterberg.—Carácter burgues de la instruccion secundaria en Alemania i Francia.—Su carácter democrático en los Estados Unidos.—La instruccion por el Estado i la formacion de una aristocracia de la cultura.—Caracteres que estas dos circunstancias imprimen a la educacion jeneral.—Las disciplinas fundamentales de ésta.—Conclusion.....	107

~~~~~

POST SCRIPTUM

|                                                                                    |     |
|------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I. La obra de don Luis Galdámes «Educacion intelectual i educacion económica»..... | 127 |
| II. El primer Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria .....                      | 136 |



SECC. CHILENA



## FÉ DE ERRATAS

---

| PÁJINA | LÍNEA | DICE                   | DEBE DECIR               |
|--------|-------|------------------------|--------------------------|
| 3-4    | 5     | de educacion filosoffa | de educacion i filosofía |
| 13     | 29    | lescusivamente         | esclusivamente           |
| 29     | (1)   | Wertermark             | Westermak                |
| 31     | 2     | la misma savia         | la nueva savia           |
| 32     | 2     | considerar             | condenar                 |
| 82     | 6     | tantolojía             | tautolojía               |
| 83     | 6     | las                    | dos                      |
| 84     | 10    | interna                | intensa                  |
| 86     | 14    | contenidas             | sostenidas               |
| 88     | 4-5   | renovacion             | sensacion                |
| 100    | 20    | toman                  | temen                    |
| 103    | 8     | propina                | profesion                |
| 107    | 23    | jimnasios              | Jimnasios                |
| 108    | 12    | jimnasios              | Jimnasios                |
| 109    | 15    | garnarse               | ganarse                  |
| 117    | 6     | Wilhelm                | Wilhelm                  |
| 118    | (1)   | Wochemchrift           | Wochenschrift            |
| 119    | 4     | Dürkheinn              | Dürkheim                 |
| 135    | 14    | estimado               | atinado                  |
| 141    | 10    | inútil                 | inútiles                 |